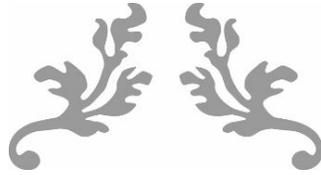


MAGENTA PERALES



ÁGATA,
LA APRENDIZ
DE ESCLAVA

UNA P*TA LOCA ENCUENTRA A SU AMO PERFECTO



ÁGATA, LA APRENDIZ DE ESCLAVA

*Una P*ta Loca Encuentra a su Amo Perfecto*



Por **Magenta Perales**

© Magenta Perales 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Magenta Perales.

Primera Edición.

Dedicado a Rae, Giulia, Kristina y Aurea

I

Despertó con la mirada fija en el techo. Se percató que estaba manchado de humedad y de hongos. Se detuvo en los patrones irregulares y extraños que se le presentaban ante ella. En otra ocasión, hubiera preferido acostarse de lado o taparse los ojos para no tener que encontrarse con esa escena. Sin embargo, no podía evitar concentrarse en eso que tenía ante sus ojos.

Todo estaba oscuro, en parte porque era la madrugada y también por las gruesas cortinas de la habitación. Estaba en silencio, salvo por la ligera respiración del amante que tenía al lado. Después de una noche de sexo intenso, lo único que realmente quiso fue sacarlo de allí para quedarse sola.

Entonces, de un momento a otro, se levantó de la cama con cierto esfuerzo. Le dolía el cuerpo y tenía hambre. Quería prepararse algo para comer, aunque supuso que no habría nada porque, bueno, siempre optaba por comida chatarra en todas sus variantes.

Terminó de levantarse sin importarle demasiado la compañía que tenía junto a ella, caminó con ciertos tropiezos por el lugar. Sí, estaba oscuro pero el hambre podía más.

Llegó por fin a la cocina y abrió la nevera. Encontró agua, algunas botellas de cerveza, una cebolla a punto de pudrirse y, en el fondo, un sobre de ramen instantáneo. Lo miró con los ojos brillantes y lo tomó con rapidez, con cierto desespero producto del hambre.

Tomó el sobre, abrió el empaque y depositó en contenido en un bol un poco sucio. Luego lo introdujo en el microondas y presionó los números para accionar el aparato. Mientras esperaba que la preparación, volvió en ese mismo estado de ensimismamiento. Se concentró en parte de su imagen que se reflejaba en la superficie brillante.

Era delgada, lo estaba más ahora porque su alimentación se basaba en comida poco nutritiva, gaseosas, cervezas y drogas. Tenía una franela negra ya roída que le cubrió parte de las caderas y de los muslos, los pechos resaltaban por su tamaño regular y redondeado.

De tez blanca y cabello corto, esta vez, pintado de verde aunque el color ya no estaba tan vivo. Los ojos azules, sin embargo, eran el rasgo más resaltante de su rostro: grandes, brillantes y de un tono particular.

Labios gruesos, nariz pequeña y unas cuantas pecas eran los detalles que

hacían que su rostro resultara conmovedor para cualquier persona que la viera.

Dio un largo suspiro y para distraeré de los pensamientos, extrajo una pequeña caja de cigarros y tomó un pitillo en particular. Encendió con cierta parsimonia con el afán de tomarse un poco de tiempo.

Justo en la última calada, sonó el pitido de que el ramen ya estaba listo. Tomó el bol con cuidado y se sentó en una pequeña mesa de la cocina.

Ágata no sabía la hora pero agradeció el silencio que hacía en ese momento. Estaba tranquila a pesar de todos los demonios que se encontraban en su mente. Los cuales, además, eran unos cuantos.

Tomó y sorbió un poco de caldo que le supo a mentira... Pero era comida al fin. Siguió masticando y pensando en que dentro de poco tenía que ir al hospital para buscar las medicinas para su tratamiento. Una chica con trastorno antisocial y límite de la personalidad... Pero claro, eso no eran las únicas cosas que ella tenía.

Terminó de comer y para pasar los fideos, abrió una botella de cerveza que estaba en la cocina. Sonrió y luego se encontró con la necesidad de acostarse de nuevo. Miró la cama de su habitación y se acomodó en ella. Escuchó un ligero quejido de su acompañante, ese mismo que decidió ignorar.

Se estiró un poco y se puso a pensar en todas aquellas cosas que había pasado a lo largo de su vida, siempre sin dejar de admirar la presencia de esas manchas de moho en el techo.

Lo cierto es que Ágata era una persona que superaba al estándar, era muy diferente a los demás. Sus problemas mentales eran apenas una parte de un todo, era loca y desenfrenada, y preciosa. Mortalmente preciosa.

Le gustaban las fiestas, el alcohol y las drogas. Cuando se disponía para eso, lo hacía en serio y nadie la sacaba de ese estado de parranda interminable. Podría destruir todo a su paso, como si fuera un huracán.

También era amante del sexo, de los hombres y también de las mujeres. Si alguno le parecía remotamente interesante, no perdía el tiempo y hacía lo posible para llevárselo a la cama. Estaba dispuesta a disfrutar de su sexualidad al pleno, sin importar lo que dijera la gente.

Más allá de su belleza, su aspecto en general era bastante llamativo. Le gustaba pintarse el cabello de todos los colores. Lo usó de todas formas posibles, pero en los últimos tiempos prefirió lucirlo corto en sus diferentes variantes.

Cualquier persona que la conociera estaba segura de que iba a lidiar con

una fuerza intensa de la naturaleza... Pero todo tenía una razón de ser.

Ágata nació en un hogar fracturado: un padre ausente y una madre adicta a los tranquilizantes. Desde pequeña tuvo que ser testigo de las constantes peleas entre ellos y desde ese momento siempre estuvo rodeada de caos, conflictos y dolor.

Después de un par de años, el padre de Ágata la abandonó lo que representó una especie de quiebre en el espíritu de su madre. Ella se volvió más errática, adicta y maltratadora. Ágata nunca supo lo que era el amor y la comprensión.

Los días con su madre terminaron cuando una vecina se dio cuenta de algo atroz. La niña estaba afuera de la casa en pleno invierno, sin zapatos y con ropa ligera. Permaneció allí unas cuantas horas esperando a que su madre la dejara entrar.

Servicios Sociales, apenas supieron la situación, buscaron a la niña indefensa y la colocaron en un programa de protección especial. Médicos y psiquiatras se encargaron de analizar la salud general de la pequeña.

Después de un periodo determinado, Ágata entró al sistema nacional de adopción. El Estado concluyó que la pequeña estaba sufriendo de daños sistemáticos y que lo mejor que podían hacer era destinarla a un nuevo hogar en donde pudiera estar protegida y bien cuidada.

Una pareja cristiana católica ortodoxa tomó a la niña con el fin de salvarla de los graves pecados de sus padres. Ellos pensaron que podrían ayudarla y llevarla al sendero del bien. Lo que no sabían era que la niña tomaría un rumbo completamente diferente.

Se la llevaron a casa con tan solo cuatro años y las cosas parecieron funcionar bien por un par más. Sin embargo, poco a poco Ágata iba demostrando su verdadera personalidad: rebelde, contestataria y, sobre todo, fría.

No respondía a las caricias ni a los afectos. Le daba igual que la gente le prestara atención o no, simplemente quería hacer lo que le diera la gana.

Al principio, sus padres pensaron que se trataba de una faceta y nada más, por eso se concentraron en que ella rezara más y que se volviera más partícipe en las actividades de la iglesia. Pero nada, no había nada que motivara a la chiquilla de cabello oscuro y ojos azules.

Lamentablemente, la fe no fue suficiente para que sus padres continuaran la labor de educarla y criarla. Aquello, además, sería una constante durante su niñez y adolescencia.

Regresó a un instituto para niños y jóvenes y esperó un año hasta que fuera adoptada de nuevo por una pareja de médicos. Gracias a ellos, se pudo detectar algunos problemas en ella: diagnosticaron sus enfermedades y trataron de darle apoyo lo más posible.

Quizás lo más difícil para ellos fue el tema del trastorno antisocial. Ágata podía ser encantadora pero también terrible y destructiva. Hablaba con la gente cuando quería y en sus términos, eso sin nombre su enorme capacidad de llevar el caos consigo. Para ese momento tendría unos 10 años.

A pesar de los medicamentos y el tratamiento, Ágata estaba sumida en un fuerte conflicto de identidad. Quería conocer su origen, saber más de sus padres biológicos, conocer la razón por la cual la habían abandonado. Probablemente se quedaría sin respuestas antes esas preguntas.

Un año después, sus segundos padres decidieron darse de baja. Por más amor y cariño que le tenían, se dieron cuenta que no podían con ella y quizás era necesario algo más, aunque no tenían claro qué con exactitud.

Entonces ella regresó al instituto con la esperanza de quedarse allí, pero sus deseos no fueron satisfechos. Por un momento pensó que era una especie de pieza para el Estado que la movía a todas partes, sin contemplación ni interés.

La próxima pareja que se encargó de ella fueron unos hippies que vivían a las afueras de la ciudad. A ellos se les informó que su hija adoptiva padecía de serias enfermedades mentales y que era necesario que contaran con la medicación adecuada para que ella no tuviera fuertes recaídas. Aceptaron sin problemas porque pensaron que tenían la solución a ese detalle.

Se le llevaron consigo con tan solo 13 años. A ella le dio igual si se iba a o no de la ciudad, incluso pensó que no sería tan mala idea el estar fuera de ese ambiente gris y frío. Iba mirando el recorrido dentro de ese coche antiguo, quizás una camioneta tipo Wagonier. No tenía idea, tampoco le interesaba mucho.

Llegaron a una especie de cabaña de madera en el bosque y de inmediato le explicaron las reglas de la casa:

—Tendrás que ayudar a tu madre y a mí a los quehaceres pero los dos creemos en que es necesario que tengas libertad y que puedas hacer lo que te plazca cuando desees. Ambos crecimos en ambientes muy estrictos y pensamos que así, las cosas serán mejores para ti. ¿Qué te parece?

Esas palabras las escuchó y pensó que casi habían sido enviadas por algún ser divino. Sonrió ampliamente y de inmediato se dispuso a fingir que

estaba más feliz que nunca.

Ciertamente, la vida del bosque le cambió la perspectiva a Ágata de manera particular. Se acostumbró al silencio del lugar, al canto de los pájaros y al olor a tierra mojada durante las mañanas. Le resultaba relajante.

Asimismo, aprendió a cocinar, cazar, pescar y también a cortar leña. Su padre le dio los secretos para sembrar y cosechar de la mejor manera posible. Su madre, por otro lado, le dio secretos para acampar y aprovechar los recursos naturales.

Pero, lo que más le gustaba era la libertad con que podía hacer las cosas. Iba a la escuela cuando quería y se dedicaba a andar con los chicos que le gustaban. De hecho, sólo dos años después tuvo su primera relación sexual con un compañero de ella... Ese sería su primer contacto con su liberación sexual.

Si bien las cosas funcionaron por un tiempo, las enfermedades de Ágata se acentuaron por la falta de medicinas. Sus padres le suspendieron el tratamiento porque pensaban firmemente que la medicina tradicional estaba compuesta por químicos que le hacían daño al cuerpo y querían que su hija estuviera lejos de eso.

El desequilibrio de ella llegó a tal punto en que un día decidió irse de fiesta con unos amigos y terminó en el medio de un lago durmiendo sobre una tabla de madera. No se supo de ella sino tres días después.

El comportamiento errático de Ágata se volvió más frecuente y sus padres hippies, entregados al amor y a la tranquilidad decidieron entregarla al Estado para que otra persona se encargara de ella.

A ese punto, la joven Ágata estaba cansada del ir y el venir. Había veces en que solo pensaba en desaparecer, en deshacerse entre la gente y diluirse por completo.

Recibió la noticia de sería acogida por una mujer anciana un día en donde estaba pensando seriamente en suicidarse. Debido a los trámites gubernamentales, no le quedó de otra que dejar ese asunto para otro momento.

La anciana apenas podía moverse pero ella aceptó a recibir a la chica a pesar de los problemas físicos que tenía. Le dio lástima sus enfermedades y la falta de apoyo parental.

Casualmente, la casa no quedaba lejos del hogar de los hippies. De hecho, estaba en un pueblo tranquilo y de pocas personas. A pesar de que a veces se mostraba aburrida al respecto, no podía quejarse. Agradecía los momentos en donde podía estar sola.

La anciana trataba de enseñarle ciertas reglas y ella se prometió portarse bien al menos por un tiempo. Estaba cansada porque era prisionera de sus enfermedades y también de su pasado turbulento.

De vez en cuando se escapaba con una botella de alcohol barato y se iba por ahí a beber con desconocidos o ella sola. Se perdía entre los sembradíos de maíz y se quedaba mirando el cielo, con el afán de encontrarse a sí misma en algún momento.

En ese mismo periodo conoció un grupo de personas que eran especies de parias como ella. Personas que habían crecido sin familia o siendo rechazados por estas, encontró entonces una interesante diversidad de gente que estaba rota como ella, con problemas graves y con deficiencias. Nada mal, estaba por fin acompañada.

Aquellos disfuncionales se la pasaban por el pueblo, bebiendo, comiendo y riendo. Después que Ágata se convirtió en la compañía perfecta, ellos le mostraron el intrincado mundo de las sustancias.

Al inicio fue la marihuana y eventualmente drogas más duras como el LSD y la cocaína. A pesar de todo, ella optó por lo primero porque le ayudaba a relajarse lo suficiente y también le permitía alejarse del caos en el que vivía.

Paralelamente, procuró completar sus estudios al menos para tener conocimientos de algo. Si bien siempre había sido una persona sin mayores intereses que la autodestrucción, descubrió en el aula que era buena con los números y con la programación.

Las clases de matemáticas y de computación era lo único que realmente la motivaba a seguir yendo. Los profesores pudieron notar el potencial en esa chica y uno de ellos incluso pensó en inscribirla en un curso de verano avanzado para que no perdiera la oportunidad de sacar al máximo sus capacidades. Ella aceptó y terminó a pesar de los traspies y las parrandas.

Aunque a veces parecían que las cosas podrían cambiar, Ágata volvía a los viejos hábitos. De hecho, ella optó por cortar su cabello largo y negro y comenzó a pintárselo de colores porque quería verse diferente a las demás chicas. Además, también prefirió usar jeans rotos y zapatillas porque le gustaba andar cómoda.

—Querida, te cortaste ese pelo tan lindo que tenías y ahora pareces alguien tan diferente. ¿Por qué lo hiciste? —Su anciana guardiana no lo podía entender.

—Para cambiar, siempre es bueno probar con cosas nuevas, diferentes. Me pareció divertido y es posible que lo mantenga solo por eso. Entiéndame,

una joven como yo quiere experimentar siempre.

La mujer no le quedó de otra que aceptar las extravagantes decisiones de la chica. El hecho fue que las cosas siguieron hasta que cumplió los 18 años. Ágata pensó que la mujer la botaría pero ella inesperadamente amaneció muerta y sintió que su mundo se había desplomado a sus pies.

Pensó por mucho tiempo que le daba igual esa señora pero resultó todo lo contrario. Fue la única persona que se preocupó por ella durante tres años, quien se ocupó de darle comida y un techo en donde vivir. De nuevo, se sintió abandonada, rechazada por un mundo que no se cansaba de darle golpes.

No sabía qué hacer hasta que se presentó un abogado para decirle que la anciana le había dejado un poco de dinero.

—“Ella donará la casa a la parroquia pero ella dejó una cantidad de dinero para que puedas administrarte. Preparó el testamento hacía pocos meses, supongo que sabía que su enfermedad había avanzado lo suficiente y no quiso que te preocuparas”.

Ágata no supo qué decir. Fue el primer y único gesto de amabilidad que alguien había tenido con ella. Bajó la cabeza y comprendió que desde ese punto lo único que le quedaba era tomar las riendas de su vida.

Le dieron un mes para que dejara la casa, durante ese tiempo se graduó y pudo tener el poder del dinero heredado. A pesar de que se encontraba bien en ese lugar, pensó que lo mejor que podía hacer era regresar a la ciudad y comenzar de nuevo.

Sólo se llevó un pequeño bolso con su ropa y sus escasos zapatos. Se despidió del único lugar que había sido una especie de hogar durante poco tiempo.

El regreso de Ágata fue muy diferente a lo que había previsto. Pensó que lo mejor sería alquilar un piso, estudiar programación y preocuparse por mantenerse. Pero no pasó demasiado tiempo para que volviera a las viejas andadas y a los viejos hábitos.

Regresó a las drogas, al alcohol y las fiestas interminables. Conciertos, reuniones en donde habían fuentes de alcohol y claro, sexo, mucho sexo.

Pudo mudarse a un pequeño departamento y en ese momento pensó que lo mejor que podía hacer era tratar de buscar un trabajo que le permitiera pagar las cuentas y mantenerse. Estuvo un largo periodo con ocupaciones fluctuantes y erráticas, pero al menos le daba para comer.

... Eso no quería decir que no cayera en depresión, que no sintiera angustia al respecto, que no deseara desaparecer. Solo que optaba por esas

cosas porque le daban una sensación diferente, de sosiego al menos por un momento.

En una ocasión, un amigo de ella le habló sobre el BDSM. Una chica de 18 hubiera pensado que se trataba de una locura, pero ella no tomó completamente diferente. Era una aventura que estaba ansiosa por conocer.

—Nos encontramos esta noche y vamos juntos a un club. Te vas a dar cuenta que esto es una locura. Sé que te va a encantar.

Ágata no tuvo idea de lo que le deparaba sino hasta que estuvo en el lugar. Sí, ciertamente se trataba de un entorno completamente diferente, fuerte, impactante. Se quedó sin calificativos.

Fueron a un club ubicado en una de las zonas más sórdidas de la ciudad. Ella y su amigo se introdujeron en un callejón húmedo y oscuro. Ágata estaba un poco preocupada porque no tenía idea de lo que podría pasar con ella.

—Tranquila, amiga. Sé que esto se ve medio feo pero créeme que valdrá la pena.

Ella lo miró con cierta suspicacia y esperó a que abrieran la puerta. Era un hombre enorme, muy alto y con mucho vello corporal. Por si fuera poco, tenía una máscara de látex y un collar del mismo material del cual se desprendía una cadena de metal aparentemente pesado.

El hombre en cuanto vio al amigo de ella, asintió ligeramente y los dejó entrar. El rostro de Ágata parecía casi una mueca.

—Amiga, esto es solo el principio.

De fondo se escuchaba música electrónica, de las fuerte, de la más potente. De paso, había un juego de luces que parecían proyectarse por todas partes. Aquello parecía un espectáculo potente.

Ella se adentró más ese mundo para maravillarse cada vez más. La gente estaba semidesnuda, vistiendo prendas con diseños locos, extravagantes y de todos los estilos. El cuero y el látex eran los obvios protagonistas y se veía en cada espacio, era un show maravilloso e impresionante.

Por supuesto, tenía que buscar la manera de digerir todo aquello, deseaba procesar todo eso de la mejor manera y sin escandalizarse demasiado. Fue entonces hacia la barra y pidió un shot de tequila, aunque tuvo que pedir unos cuantos más porque se dio cuenta que con uno no bastaba.

Luego se giró en su silla y observó a todo el mundo que estaba allí. La gente bailaba y hablaba como si fuera lo más normal del mundo. Todos como asumiendo un rol muy diferente, una actitud diferente a lo que podrían ser en la realidad. Esa aura de fantasía, de juego, le gustó mucho.

Su amigo se acercó con una pareja muy parecida al hombre que les abrió en un principio.

—¿Qué te parece?

—La verdad es que estoy impresionada. No esperé ver a la gente así, tan divertida, tan diferente.

—Querida, aquí podemos ser como queremos ser. Nadie nos prohibirá nada porque todo está permitido. Lo genial de esto es que cada quien es libre y puede transformarse en su verdadero ser.

—Pero, ¿qué pasa con la identidad? ¿No tienen miedo?

—Para nada, querida. Aquí todos respetamos eso. Nadie se atreverá a develar alguna información sensible porque es un acuerdo tácito. Por eso no te preocupes, estás segura y tranquila con nosotros.

Su amigo miró a su pareja y los dos fueron a la pista de baile para disfrutar la música de New Order. Ella, mientras tanto, seguía explorando con la mirada y con la curiosidad.

En ese momento, cruzó miradas con un hombre de aspecto mayor, dado por el color de las canas, y también por la expresión severa de su rostro. Ella hizo el intento de no prestarle atención pero fue inevitable que no sintiera una evidente atracción hacia él.

Trató de no verlo, de concentrarse en otra cosa pero se dio cuenta que el encuentro sería inevitable. En ese momento, a pesar del ruido, escuchó unos cuantos pasos detrás de ella. Ágata pidió otro tequila para disimular el nerviosismo, pero claro, fue inútil.

El hombre se sentó junto a ella en silencio, también hizo un gesto para pedir algo de tomar y esperó a que le sirvieran. Él se quedó callado con la intención de mirarla desde atrás, de observar cada movimiento de ella, no quería perderse de nada que le resultara interesante.

Miró su cintura, el cabello pintado de rosa chicle y la ropa ajustada negra que resaltaba su figura. Sonrió para sí, había encontrado su presa por fin.

—Hola, ¿qué tal la estás pasando? —Dijo él con tono grave y algo ceremonioso.

Ágata se giró y lo miró de frente. Era un hombre blanco, blanquísimo, los ojos azules y el cabello negro con algunas hebras plateadas. Estaba vestido de negro, así que tenía una especie de aura misteriosa y quizás, mortal.

Sin embargo le sonrió y ella se relajó un poco, le respondió con el mismo gesto y los dos en seguida comenzaron a hablar.

—Pues, bien, esta es la primera vez que estoy en un lugar de este tipo. La

verdad es que siento que me ha cambiado la vida por completo, eh.

—¿En serio? Vaya, creo que es la primera vez que escucho a alguien decir algo así, entonces debe ser algo serio, importante. ¿Por qué lo dices?

—No me imaginé que hubiera un lugar así, ni en mis sueños más locos y eso dice mucho porque, créeme, he visto muchas cosas en mi vida pero esto tiene que llevarse el primer lugar.

—Vale, pero hay algo importante en todo este asunto, ¿cómo te sientes al respecto? Una cosa es que te parezca divertido a que, no sé, creas que todo se ve repulsivo.

—No, no. Nada que ver. Sinceramente siento que formo parto de algo. Creo que es la primera vez que siento que puedo ser yo. Pero no sé, quizás sean ideas mías.

—Fíjate que eso resulta ser una sensación que muchos de nosotros tenemos. Sentirse en casa es una expresión que indica que estás en el lugar correcto. Quizás también quiere decir que encontraste tu nicho, aunque dependerá de ti el explorar más al respecto.

Ella pareció no comprender demasiado al respecto, pero algo le dijo que tenía que aventurarse y más con ese tío.

—Me llamo Erik, ¿y tú?

—Ágata, mucho gusto.

—El placer es mío, Ágata. Espero que de verdad me des la oportunidad de conocernos un poco mejor.

Ella sonrió porque sin duda se trataba de un tío bastante interesante y también guapísimo. Tiró por la borda cualquier intensión de preocupación o de algo remotamente similar. Estaba decidida a saber cómo terminarían las cosas.

Pasaron gran parte de la noche hablando de muchas cosas, de cuerdas, ataduras, sexo, piel y hasta sangre. Esa noche, Ágata supo que él era un tío Dominante y que le gustaba las cosas a su ritmo.

El alcohol ya estaba surtiendo efecto en ella, si antes estaba sorprendida a ese punto estaba experimentando el calor agradable que le daba ese ambiente y, por supuesto, se le manifestaron las ganas de retozar un poco con ese desconocido.

Erik, por otro lado, estaba tanteándola, probándola. Deseaba medir su resistencia aunque él también estaba deseoso de tener intimidad con ella, pero como buen hombre que le gustaba crear suspenso, prefirió alimentar más la ansiedad.

A Ágata le gustaban las cosas con cierta rapidez y contundencia. A pesar de ello, estaba en un sitio que le recordaba que las cosas no podían ser llevadas por el mero impulso. Todo era cuestión de negociación.

—¿Sabes? Este sitio siempre es genial pero creo que sería mejor si nos vamos a otro lugar. Quizás a un sitio un poco más tranquilo, ¿qué dices? — Preguntó él acercándose a ella lentamente.

Ágata no dio crédito a lo que había escuchado. Sonrió con picardía y luego asintió lentamente.

—Sí, vamos. —Respondió ella.

Los salieron juntos con rapidez. Ella se despidió de ese mundo fascinante, extraño y denso. Apenas salieron, él la tomó por la cintura para llevarla consigo y para darle un beso.

La piel de Ágata se erizó por completo y su corazón empezó a latir con fuerza. El contacto de él la hizo vibrar desde la punta de la cabeza hasta los pies. Sintió que el mundo se detuvo en ese preciso instante. Fue como si tocara la magia con los labios.

Ella nunca había experimentado una sensación como esa y se sintió más afortunada que nunca por ello.

Él no paró de tocarla en medio de la oscuridad, sus manos se pasearon por su cintura y por sus caderas, también por el cabello pintado de rosa y por el rostro que estaba iluminado por el deseo que afloraba cada vez más.

—Ven, vámonos. —Insistió él.

Le tomó la mano con fuerza y caminaron hacia una hilera de coches que estaban aparcados no muy lejos. Él se subió a un elegante Porshe de color rojo y ella hizo lo mismo junto a él. De nuevo, en la privacidad de ese momento, comenzaron a besarse casi con descontrol. Volvían a tocarse, mirarse y desearse. Los gemidos y los jadeos volvieron.

Luego él tomó el volante con ambas manos, encendió el coche y aceleró para irse de allí. Estuvieron todo el camino en silencio, lo cual no fue incómodo porque no podían dejar de sentir la necesidad de estar juntos.

Él aparcó cerca de un hotel de aspecto elegante. Ágata se sorprendió un poco pero decidió que Erik todas las decisiones de la situación.

Entraron al hotel, el lobby tenía pisos de madera, luces un poco tenues y muebles refinados y elegantes. Erik se acercó a la recepción y dijo unas cuantas palabras mientras que ella estaba más atrás, esperándolo.

—Tome, señor. —Dijo la señorita entregándole una pequeña tarjeta.

—Muchas gracias. —Respondió él.

Erik se acercó a ella y le dio otro beso. Esta vez uno intenso, maravilloso, increíble. Sus labios eran increíblemente cálidos, su lengua acariciaba la suya con desenfreno, su respiración la envolvía de a poco.

Le tomó la mano de nuevo y ambos comenzaron a subir las escaleras centrales del lobby. La gente iba y venía, las conversaciones se daban pero para ella nada de eso tenía sentido. Más bien no podía quitárselo de la cabeza, no podía concentrarse en otra cosa porque el roce de su piel contra la suya le recordó que pronto saborearía su carne.

Por lo general, Ágata estaba acostumbrada al sexo, a quitarse la ropa con premura y a abrir las piernas para recibir la verga ardiente. Sin embargo, Erik era un hombre diferente, le hacía vibrar de una manera que no había experimentado antes.

Llegaron finalmente al piso y ambos caminaron hacia la puerta que le habían asignado. Erik sacó la tarjeta de su saco y se escuchó un clic que indicó que la puerta había cedido casi por completo.

Él la dejó pasar primero y ella se aventuró primero a esa habitación oscura con olor a madera. Luego de quedar en el medio de la misma, ella escuchó el cierre de la puerta y todo se iluminó porque Erik encendió el interruptor.

Los dos se pudieron ver sin el ruido del fondo, sin las luces centelleantes de colores. Todo se veía con nitidez, con una impresionante claridad. Ella, a pesar de que no se trataba de su primera amante, estaba notablemente nerviosa y ansiosa.

Erik, en cambio, al menos desde la perspectiva de ella, lucía completamente diferente. Tan bello, tan sensual, con esa mirada de hombre peligroso, con ganas de comerla de todas las formas posibles. Con la ansiedad de poseerla por completa, de romperle la piel.

Estuvieron mirándose por unos segundos hasta que él avanzó con rapidez y la alzó con sus fuertes brazos. La cargó por los aires y la miró con una sonrisa pícaro.

—Prepárate que vas a hacer mía. Ya lo verás.

Fue lo último que él le dijo a ella y después de eso, procedió a besarla con desenfreno, tal y como lo hicieron en el coche de él, tal como en la calle llena de oscuridad.

En seguida comenzaron a acariciarse casi sin control, pero fue obvio para ella que él estaba tomando el protagonismo y el control de la situación. Apenas la dejó en la cama, sus manos procedieron a quitarle las capas de

ropa, como si estas fueran un serio impedimento para sus planes.

Ella no dejaba de sonreír y tampoco de excitarse cada vez más. Los dedos de él y el roce de su piel contra la suya la hacía sentir que estaba a punto de despegar hacia una dimensión deliciosa y también desconocida.

En cuestión de segundos, ella quedó completamente desnuda entre las sábanas suaves, con ese rostro de alegría y sonrojado por la emoción.

Entonces él se echó para atrás y se dispuso a observarla con detenimiento. Sus piernas largas, sus caderas pequeñas y esos pechos que eran un poco grandes y con unos pezones rosados que invitaban a lamer y morder.

Además, también estaba esa expresión divina en su rostro, como de entrega total. La tomó por el cuello con cierta firmeza y comenzó a recorrer su cuerpo casi con frenesí. Casi de inmediato, Ágata inició con una serie de gemidos que iban aumentando en intensidad, sus manos apenas tomaban el cabello de su amante porque la lengua y los labios de Erik eran como el fuego mismo.

Finalmente, él llegó a la entrepierna de ella. Alzó la mirada y la observó con malicia, se detuvo en sus ojos un rato hasta que pocos después, él le abrió las piernas y enterró la cabeza para colocarla en el medio de su clítoris.

La lengua de Erik, esa misma que le había provocado espasmos de placer mientras recorría el cuerpo de Ágata, saboreó los fluidos y la piel hermosamente plegada y rosada de su coño. De hecho, sintió tanto placer de acariciar esos labios gruesos que los mordió y los chupó con fuerza.

Ella se estremeció cada vez más, pero el verdadero punto álgido de la situación sucedió cuando él se afincó con más fuerza y tomó su clítoris entre los dientes. El grito fue tal, que Erik apostó que los vidrios de la habitación habían resonado con fuerza.

Claro, para un Dominante como él, aquello era solo el principio. Tenía el afán de hacerlo más intensamente, de explorar cada vez más en la lujuria de ella, deseaba arrastrarla hacia la locura.

Siguió comiendo de ella hasta que sus manos le tomaron los pechos, los apretó con fuerza, se aseguró que la tenía presa en ese abismo de placer. Entonces, él aprovechó que ella estuviera medio atontada para tomar el momento de alzarse y comenzar a quitarse la ropa.

Ágata nunca se sintió tan ansiosa como en ese momento, estaba desesperada por ser de ese hombre, por pertenecerle por entero. Pero tuvo que conformarse con la cuestión de verlo desnudarse porque, por alguna razón, se le hizo imposible que moverse de ese lugar en donde estaba. Era esclava de él

y no había más qué hacer.

Erik terminó de quitarse la ropa por completo y se fue hacia ella para hacerla suya por fin. Dejó el rastro de su boca en ese cuerpo ansioso pero deseaba penetrarla, atravesarla de par en par, así que se preparó para meterle esa verga gruesa, caliente y ávida de ella.

Entonces, asomó un poco la punta y luego de experimentar ese calor delicioso de su interior, la embistió de un solo movimiento. Ella se sujetó de las sábanas con el afán de interrumpir los gritos pero se dio cuenta de que no podía, tenía que liberar esa enorme cantidad de energía que él la hacía sentir.

La verga de Erik quedó enterrada en ella por lo que permaneció un rato sin hacerle nada, hasta que comenzó a moverse casi de manera desesperada. Ella se quedó en esa cama, incapaz de hablar, incapaz de expresar con palabras la manera en cómo era poseída. Lo cierto fue que, en ratos de lucidez, concluyó que ningún hombre le había dado tanto placer como él.

De un momento a otro, Erik la tomó de la cintura y procedió a cambiar de posición. Ella se quedó impresionada pero también ansiosa por conocer cuál sería el próximo paso. Respiró ansiosa y preparada para lo siguiente.

Él la acomodó sobre la cama en cuatro, Ágata aprovechó la postura para posicionarse correctamente y también para mostrar la belleza de sus nalgas perfectas y pequeñas.

En ese instante, el impulso de él se frenó un poco por la imagen que tenía en frente. La boca se le hizo agua y no pudo evitar ir de nuevo hacia lugar de placer para colocar su cabeza en ese culo delicioso. Sacó la lengua para lamerla, para comerla, para hacerla vibrar.

Ágata estaba sobre la cama, con las mejillas encendidas y gimiendo sin control. Las manos de él estaban enterradas en su piel y casi podía sentir la fuerza desmedida de sus impulsos y de las ganas que le tenía a ella.

Siguió comiéndola hasta que volvió a incorporarse y la tomó de las caderas con fuerza. Se acomodó y se preparó para follársela con cierta agresividad. Él, en ese momento, ya no era el tío agradable y serio, ahora era una persona completamente diferente.

La tomó como quiso, la hizo gritar y también aprovechó para darle todas las nalgadas que quiso. Ella, mientras tanto, cerraba los ojos y le parecía que todo pertenecía a una dimensión completamente diferente. Le gustaba, no, le encantaba.

Hubo un momento en el que él le tomó por el cuello con ambas manos mientras sus pelvis chocaban una y otra vez. Al cabo de un momento, ella se

sintió ese primer vestigio de que estaba cerca, muy cerca del orgasmo. Así que se preparó para resistir un poco porque estaba adoptando la postura de sumisa.

Erik se dio cuenta de lo que estaba haciendo ella, por lo que se acercó un poco hacia el oído para hablarle con suavidad.

—Sé que tienes ganas de correrte, pero no lo harás. No lo harás a menos que diga, ¿verdad?

Ella asintió levemente hasta que sintió el apretón de las manos de él sobre su cuello, esa fuerza que la hacía excitarse cada vez más. Entonces, Erik procuró moverse más y con particular ahínco. Le volvía loco la manera en cómo ella se desesperaba por su verga.

Ágata pensó que no podría más hasta que sintió de nuevo el calor de ella, el mismo que la hizo estremecer.

—Hazlo, perra, hazlo.

Las palabras sonaron contundentes y poderosas, fue en ese momento en que se levantó un poco y sintió el roce de la verga de él de manera tan intensa, que dejó libre por fin ese orgasmo que había reprimido por un largo tiempo.

Gimió y gritó, se perdió en sí misma y perdió noción de su ser por un largo rato. No pensó que le iba a pasar algo así. Entonces, de un momento a otro, se desplomó sobre la cama y se dejó vencer por fin.

Cayó desplomada pero supo muy bien que no podía quedarse allí por mucho tiempo, tenía que prepararse para una ronda más, él tenía que correrse también.

Erik la tomó del cuello, consciente que ella todavía estaba un poco atontada por lo que acaba de suceder. Sin embargo, él ansiaba tenerla un poco más y él era un hombre que estaba acostumbrado a tener el control de la situación y a llevar a la gente a ir más allá de sus límites. Lo encontraba divertido y también sexy.

El hecho fue que se quedó mirándola mientras ella le hacía sexo oral. Sus manos se afincaban en su cuello y en parte de su cabello. Hacía que ella aumentara el ritmo o que su boca fuera más adentro, mucho más adentro.

De vez en cuando, él podía escuchar cómo ella se ahogaba y también pudo ver esos hilos gruesos de saliva que salían de su boca. Se veía tan deliciosa, tan sumisa que él sintió que su verga iba a explotar en cualquier momento.

Mientras, Ágata tuvo la sensación de que él iba a correrse, así que hizo un gran esfuerzo por sostenerse con las escasas fuerzas que tenía su cuerpo. Se

acomodó como pudo, se preparó como pudo y luego recibió una deliciosa descarga.

El semen de Erik aterrizó sobre el rostro y la boca de Ágata. Ella quedó recargada de las sensaciones que él le dio en cuestión de segundos. Cuando pudo alzar la mirada, ella pudo observar cómo él tenía una mueca de que parecía una mezcla de placer y el estar al borde de la locura.

Ella se quedó tranquila por un rato y hubo un momento en donde los dos quedaron suspendidos por segundos. Fue ese instante en donde se dieron cuenta que habían logrado una importante conexión, algo que ella no había sentido jamás.

Cuando se pudo recuperar, Erik se bajó de la cama para ir hacia el baño y buscar algo para limpiar el rostro y el cuello de su amante. Encendió la luz y se encontró a sí mismo empapado de sudor y con las mejillas encendidas. Sonrió con cierta malicia y tomó una toalla que tenía cerca y luego la mojó un poco. Volvió a salir para encontrarse con ella.

Apenas la miró, se quedó encantado por esa mirada inocente, por esos ojos grandes, brillantes y ansiosos por verlos. Él procedió a limpiarle la cara en completo silencio, con suavidad y delicadeza. Ágata se dejó consentir en todo momento.

Después, los dos se acostaron uno junto al otro y se quedaron en silencio, tranquilos. El pecho de Erik ascendía y descendía lentamente, y Ágata se quedó junto a él, acariciándolo mientras se iba quedando dormida poco a poco.

II

Esa noche bastó y sobró para que los dos se engancharan por completo. Esa noche fue necesaria para que Ágata se diera cuenta de que era una sumisa, y que él era un hombre que estaba ansioso por poseerla una y otra vez.

Comenzaron a pasar tiempo juntos y, a la vez, explorar las mieles del sexo y el BDSM. Fue entonces cuando ella descubrió junto con él, lo que era ceder la voluntad por completo.

Ella experimentó ese mundo de una manera que nunca imaginó. Estuvo sometida a sesiones, cuerdas, fuego, hielo y también suspensiones. Aprendió el valor de obedecer sin chistar, de llegar al límite de su cuerpo y mente y quedarse allí para después regresar a sí misma sin mayores problemas.

Flotaba por sus besos y entraba a una dimensión desconocida cuando la tocaba y le daba azotes. Adoraba sentir las lenguas de cuero rompiendo su piel una y otra vez. Esa mezcla perfecta de dolor y placer era única. Se hacía cada vez más adicta y quería más de esa droga.

Pasó un tiempo perfecto con él, intenso y apasionado como ningún otro. Sin embargo, como siempre suele pasar las cosas en su vida, Erik poco a poco pasó a ser una figura distante en su vida.

La situación se volvió insoportable porque las ausencias del mejor amante que había tenido. Hubo un día en donde hablaron los dos con cierta tranquilidad, y él aprovechó para decirle que no podía seguir con esa relación porque estaba comprometido.

Ella recibió la noticia como si fuera un duro golpe en el estómago, se sintió aturdida y también confundida. La chica que siempre estuvo acostumbrada a no ser de nadie, se dio cuenta que el sentido de pertenencia que tenía con él era muy fuerte.

No pudo evitar sentirse mal al respecto, aunque hizo lo posible por disimular el malestar. Lo miró fijamente y lo felicitó por la boda. Se levantó de la mesa, pagó lo que había consumido y luego se fue sin más. En el camino, se secó las lágrimas mientras se sentía más tonta que nunca.

Días después descubrió que Erik era realmente un famoso cirujano plástico que se había hecho famoso gracias a que sus resultados eran sublimes en todos sus pacientes. Era un tipo de sociedad, muy importante y muy influyente.

Por supuesto, en esa foto de revista que había pillado en una publicación

en Instagram, ella notó a la prometida de él. Una mujer completamente diferente a ella, con ese aire aristócrata, blanca y vestida con las marcas más importantes de moda. Sintió de nuevo ese peso que le oprimió el pecho con todo.

Ese momento fue suficiente como para que se prometiera a sí misma que nunca más tendría lazos con nadie. Lo único bueno que le dejó esa relación fue el gusto que le tomó al BDSM, por lo que seguiría explorando su nueva afición tanto como pudiera. Estaba lista para hacer más locuras y por tomar aventuras más atrevidas.

A ese punto, Ágata parecía un tren fuera de control. Las drogas y el alcohol habían tomado el control de su vida. De no consumir, sentía que no valía la pena nada y que prefería encerrarse en ese círculo por todo el tiempo que fuera necesario. Ansiaba desprenderse de la realidad a la que pertenecía.

Lo cierto fue que más allá de los días y noches de fiesta, ella estaba sumisa en sus enfermedades y en la tristeza de la soledad. Deseaba desconectarse porque era la única manera en que podía lidiar con el horror de su cabeza.

Un día se dio cuenta de que no podía más cuando tuvo una fuerte recaída. Pasó casi una semana postrada sin bañarse y sin comer bien. Estaba débil y se percató que tendría que hacer algo, al menos para pretender.

Tomó una ducha y se vistió a duras penas. Reunió el poco dinero que tenía y fue hacia el hospital más cercano. Al llegar, casi se desplomó.

La dejaron recluida por unos días hasta que le dieron el alta porque estaba estable, sin embargo los médicos advirtieron que tenía que hacer un esfuerzo por comer mejor y por tomar los medicamentos.

—Estás en una situación bastante inestable. Si sigues así, para la próxima no podrás librarte. —Le dijo un médico residente con tono severo.

Ella regresó a casa sintiéndose un poco mejor. Entró a la desordenada cocina y se sentó por un rato. En ese momento, recordó que tampoco tenía demasiado dinero en la cuenta y que ya era hora de que se pusiera seria sobre su situación. Ya no podía seguir dándole vueltas al asunto. Ya no más.

La idea no le parecía demasiado atractiva, principalmente, porque a pesar que le gustaba la tecnología aún le faltaban conocimientos y especializarse al respecto. Así que en vista de ello, tendría que buscar algo que fuera lo suficiente sencillo para que pudiera ganar dinero y mantenerse.

Ahí comenzó su odisea y en serio. Preparó un resumen curricular y se propuso a repartir papeles a lo largo y ancho de la ciudad. Tenía esperanzas

de hacer algo, cualquier cosa.

Su primer empleo consistió en atender animales en una tienda de mascotas. No era alguien necesariamente apasionada por ellos pero al menos la paga era buena. Como no se rodeaba de personas, al menos se relajaba lo suficiente y trabajaba en paz.

Sin embargo, al poco tiempo, se aburrió y decidió cambiar de trabajo... Y así hizo de manera constante. No permanecía demasiado tiempo en un solo lugar.

Iba de un sitio a otro, a pesar de que estaba un poco ajustada, parecía que olvidaba el hecho de que tenía que centrarse, encontrar algo que le diera estabilidad. Pero, de nuevo, las fiestas y los encuentros desenfrenados la volvían loca, se colocaban en el primer puesto en la larga lista de prioridades.

Después de otro periodo de depresión, Ágata decidió que buscaría trabajo como mesera, una amiga de ella trabajaba en una cafetería y decidió en hacerle la propuesta de trabajo luego de verla tan mal.

—Oye, tía, en mi trabajo están buscando una chica. Te digo, la paga es decente pero puedes meterte más pasta si atiendes bien a los clientes. De verdad, piénsalo bien que creo que te resultaría conveniente. ¿Qué dices?

Ágata no estaba demasiado convencida pero pensó que aquellas palabras estaban presentándosele en forma de oportunidad y que eso no lo podía desperdiciar. Asintió levemente y poco después se preparó para llevar su resumen curricular.

La llamaron luego para una entrevista y cuando se presentó, el gerente la miró con un poco de duda, sobre todo por ese tono púrpura que tenía en el cabello. Sin embargo, se limitó a hacerle unas cuantas preguntas y se sintió convencido.

—Bien, el trabajo es tuyo. Mañana comienzas en el turno de la tarde. Sé puntual porque de lo contrario ni regreses, ¿entendido?

Ella se sintió bastante sorprendida por haber sido aceptada. Le resultó rara la sensación de victoria, o quizás tenía que ver con el hecho de que no se esperaba haber logrado cierto grado de coherencia después de fumar marihuana.

Se acostó esa noche con un poco de tranquilidad. Las cosas tenían el potencial de volverse positivas si ella ponía un poco de esmero. Pero a veces los viejos hábitos son suficientes para arrastrarte hacia donde no quieres ir.

III

Ágata despertó de un sobresalto y miró lo que había a su alrededor. Un pequeño rayo de luz se coló a la habitación así que supo que ya era de día. Se movió con pereza sobre la cama y buscó el móvil. Eran las 10 de la mañana.

Faltaban unas horas para que fuera a trabajar, sin embargo, cuando quiso levantarse, se dio cuenta que ese amante todavía estaba allí, durmiendo.

Ella lo miró con desdén y luego procedió a estirarse para darle una pequeña palmada. Estaba desesperada por estar sola y pronto.

—Eh, tío, ya es de día. En un rato me tengo que preparar para ir al trabajo.

El tipo se movió un poco y luego se incorporó. Hizo el gesto de querer acercarse a ella pero Ágata lo rechazó con un movimiento. No le quedó de otra que levantarse y vestirse ante la mirada de esa chica que ya no estaba interesada en su compañía.

—¿Te veré después? —Le preguntó él con cierta esperanza en la voz.

—No lo creo, querido. —Respondió ella con indiferencia.

Luego de que su visita de había ido, por fin se quedó sola. Se estiró sobre la cama y se volvió a quedar dormida. Al despertar, se dio cuenta que tenía que darse prisa o llegaría tarde.

La cafetería no quedaba demasiado lejos del edificio en donde vivía. De hecho, podía ir caminando pero no lo hizo porque no le daba tiempo, así que bajó rápidamente hacia la estación del subterráneo para pasar por dos estaciones y luego ir hacia la cafetería.

Gracias a ese trabajo, se dio cuenta que tenía un poco de estabilidad y dinero suficiente para seguir pagando su medicación. Sin embargo, su vida seguía siendo un verdadero desastre.

Entró al lugar apenas a la hora. Su jefe la miró con un poco de molestia pero se quitó un poco cuando ella se colocó el delantal y se dispuso a trabajar de inmediato. Para Ágata sería un día más como cualquier otro.

Los pedidos iban y venían. Ella de vez en cuando se preparaba para servir y en los pocos momentos que tenía libre, aprovechaba para conversar un poco o para descansar los pies. La cafetería era un lugar que siempre recibía personas, sin importar la hora del día.

Ella estaba terminando de hacer un despacho cuando sonó la campanilla de la puerta. No le prestó atención, estaba demasiado ocupada en ese

momento. Sin embargo, algo le dijo que tenía que mirar, que tenía que enfrentarse a su nuevo destino.

Dejó una orden en la cocina y alzó la mirada para ver cómo estaban el resto de las mesas. El resto de sus compañeros estaban saturados y que casi todas las mesas estaban ocupadas... Entonces, ahí lo vio.

Un hombre alto, muy alto, alrededor del 1.90. De traje negro, corbata gris oscuro y un fino maletín de cuero negro. Zapatos lustrados y un rostro cuadrado, severo, de piel morena y ojos rasgados. Tenía la expresión seria y como si también fuera el dueño del mundo. Al menos así lo fuera para ella, quien recibió el impacto de su presencia.

Tuvo dudas de acercarse pero lo hizo finalmente para mirarlo mejor, para admirarlo como deseaba. Se veía tan bello que incluso dudó de que se tratara de una persona real.

El hombre estaba apoyado sobre la puerta mirando hacia todas partes, ansiaba sentarse un momento para resolver unos asuntos de negocios. No obstante, notó a una chica pequeña, de ojos azules grandes, con cabello corto pintado de un verde poco vivo.

Ágata tomó ese gesto como realmente sí tenía que ir hacia él para atenderlo. Tuvo miedo y no supo muy bien por qué.

—Buenas tardes, señor. Bienvenido. ¿Está buscando a alguien? — Preguntó ella como si se tratara de un asunto natural.

—Hola, buenas tardes. No, realmente no. Es que veo que el lugar está un poco lleno y dudo que haya un puesto para mí. —Respondió él sin dejar de sonreír.

A ese punto, ella estaba ya muy cerca de rendirse ante él. Ese tono de voz grave y poderoso que la estremeció de pies a cabeza. Tuvo que reunir sus fuerzas en lo posible y atenderlo con rapidez.

—Venga conmigo. Hay una mesa para una persona por aquí cerca.

El hombre asintió agradecido y siguió a la chica hasta que fue a una mesa pegada a la ventana.

—¿Le parece bien este lugar, señor?

—Sí, sí. Está muy bien.

Ella sacó su libretita para anotar la orden. No pudo mirarlo a los ojos porque sentía que en cualquier momento se iba a deshacer.

—Quiero un café, negro y sin azúcar por favor. Si tienes un tamaño grande, estaría más que bien.

—¿Algo más?

—No, por ahora no. Gracias. —Respondió él.

Cuando ella se dispuso a desaparecer, él la tomó ligeramente del brazo.

—Disculpa, sé que quizás es un atrevimiento de mi parte pero te quería decir que me gusta mucho tu cabello. Se te ve muy bien.

Ella sintió el golpe repentino del calor en las mejillas. Trató de esconder el rostro pero si dio cuenta que no podía, así que sólo le restó asentir ligeramente y aceptar el cumplido de la mejor manera posible.

Antes de irse, miró de nuevo el aspecto de ese hombre, el traje fino, la elegancia con la que se movía y, claro, el brillo de los zapatos. No pudo evitar pensar en la fantasía repentina de hincarse y quedar de rodillas para besarle los zapatos, de lamerlos, de entregarse a lo que él diría en cualquier momento.

Poco después partió de la cocina con una taza grande de café humeante y una galletita de mantequilla que estaba al lado para endulzar más a esa persona que parecía un completo misterio.

Él recibió la taza con una amplia sonrisa mientras hablaba por teléfono. Ella lamentó un poco él que no se diera cuenta del gesto que le había hecho, pero bueno, así eran las cosas.

Ella pasó gran parte del rato estudiándolo, admirándolo desde la distancia y cuando podía a pesar de que estaba atiborrada de trabajo. Le gustaba su perfil y también en la forma en cómo soplaba el humo del café. Sus labios parecían pertenecer a una hermosa pintura y sus ojos rasgados le daban ese aire oriental y también misterioso.

Lo miró un poco más hasta que se dio cuenta que él había girado la cabeza para pedirle la cuenta. Ella sintió y se dispuso en la caja para hacer el pequeño recibo. Justo en ese momento, se le ocurrió una idea pero no tuvo tiempo de ejecutarla, al menos no en ese instante.

—Aquí tiene, señor.

—Vale.

Pagó con un billete grande y ella lo tomó para llevarle después el vuelto y el recibo. Él todavía estaba allí y ella aprovechó el rato para imprimir otra factura. Se quedó mirando el papel con concentración hasta que tomó un boli que tenía en el bolsillo de la manga derecha.

En la superficie blanca, anotó rápidamente su número de móvil y miró la mesa de ese hombre. Tuvo un momento de duda hasta que mandó todo al diablo y se lo llevó.

—Aquí tiene, señor. Espero que vuelva pronto.

El hombre le sonrió de vuelta y tomó los billetes sin demasiada

importancia hasta que notó un detalle importante, un número anotado al borde de la factura. Se quedó sorprendido porque no se lo esperaba... O tal vez sí.

Tomó el papel y lo dobló con cuidado y cuando se dispuso a salir, miró por última vez a esa chica quien también le devolvió la mirada. Al encontrarse con esos ojos azules, entendió lo que tendría que hacer después.

... Por supuesto que la llamaría.

IV

El hombre de la cafetería salió de ese lugar convencido de que vería a esa chica una próxima vez. Lo vio en sus ojos en cuanto salió y también tuvo la sensación cuando la vio la primera vez.

Pero claro, para un hombre como él, ya estaba acostumbrado a ese tipo de situaciones. Era un hombre sumamente atractivo y llamaba la atención en cualquier lugar a donde iba.

Caminó con confianza hacia su Camaro negro del 79 y se subió en él. De inmediato puso la radio y en ese preciso momento comenzó a sonar una canción de Guns n' Roses, una que le recordaba su época de adolescente cuando se encerraba en su habitación.

Condujo por un rato para poco después desembocar a una amplia autopista. Él estaba de muy buen humor, incluso estaba silbando. Hasta ese momento las cosas estaban saliendo como quería: no sólo había recibido el número de una chica atractiva, sino que las reuniones estaban saliendo bien. Su empresa iba de viento en popa.

De hecho, justo iba para allá. Tendría que revisar algunos contratos y unas propuestas para que pasaran la aprobación y fueran puestas en práctica.

A pesar de que tenía muchas cosas por hacer, no podía dejar de pensar en esa chica de la cafetería. Se veía muy diferente a todas las mujeres del lugar, y habría que ser muy tonto para no fijarse en ella. Resaltaba como una estrella en el oscuro cielo.

Cuando estuvo cerca, aparcó en un estacionamiento subterráneo. Se paró en frente de su nombre y bajó con cuidado. Estaba cansado pero sólo faltaban unas cuantas horas para que regresara a su casa.

Bajó y se subió a uno de los elevadores. Poco después, las puertas se abrieron y salió con confianza. Ya había llegado hacia su piso, particularmente, su oficina. Se trataba de un lugar amplio, espacioso y elegante. Era obvio que un hombre como él perteneciera a un ambiente como ese.

Caminó en medio de unos cuantos escritorios, saludó a unas personas y llegó hasta su secretaria para decirle que quería suspender todas las reuniones de ese día.

—Por supuesto, Sr. Adam.

—Gracias. También espero que no me pases llamadas a menos que sean

urgentes, por favor.

Se fue entonces a su oficina y se encerró. Adam se encontró finalmente solo y en paz. De vez en cuando buscaba ese tipo de momento para relajarse y pasarla bien.

De inmediato se dirigió a una pequeña nevera y tomó una botella de cerveza, la destapó y comenzó a beber el contenido frío y refrescante, casi un trago de un solo golpe. Quizás una combinación extraña después del café. Sin embargo, le dio igual.

Sostuvo la botella y caminó hacia el enorme ventanal que estaba en su oficina. Miró hacia la ciudad, hacia el centro repleto de coches, edificios y caos. Le pareció gracioso que él estuviera así de tranquilo y sin preocupaciones... Aunque no siempre fue así.

Adam nació en una familia de origen humilde. Sus padres eran dueños de un pequeño abasto en el pueblo en donde nació y los tres tuvieron que sortear por procesos complicados. No siempre había pan en la mesa.

No obstante, los padres de Adam entendieron que tenían que darle prioridad a la educación de su hijo, que eso era lo más importante y que siempre debía ser así. Así que no importaba si ellos pasaban hambre, el niño tenía que estudiar bajo cualquier circunstancia.

Creció siendo hijo único en un ambiente disciplinado y ordenado. Sus padres le enseñaron a ser organizado y planificado, aspectos que llevaría consigo hasta la edad adulta.

El esfuerzo que hizo le valió una beca en un instituto privado. Estaba tan feliz que no podía creerlo. Sin embargo, la celebración no duraría demasiado porque comenzó a enfermarse con cierta frecuencia. Estaba débil y no se sabía exactamente la razón por la cual estaba en esa situación.

Durante el tiempo que estuvo enfermo, no pudo evitar sentirse inútil. Odió cada instante que estuvo postrado en la cama, no podía hacer nada, salvo mantener un reposo que pensó sería infinito.

Cuando pudo recuperarse, se prometió a sí mismo que nunca más volvería caer en una situación como esa. Ni en el hambre, ni en la pobreza y menos en la enfermedad. Trabajaría tan duro como fuera posible... Por él y por sus padres.

Desde ese momento comenzó a comer mejor y hacer ejercicios. Lo primero que hizo practicar atletismo. Poco a poco, su cuerpo comenzó a ensancharse, cada vez más se hacía fuerte.

Al entrar a la academia, el joven Adam decidió que formaría parte de

otros equipos como el de natación. La idea de hacerse fuerte lo obsesionaba casi un poco. Paralelamente, también destacó como un excelente estudiante, pero por sobre todo por sus habilidades en las materias relacionadas al razonamiento matemático.

Estaba empeñado en ganarse una beca en la universidad, quería ir tan lejos como fuera posible. Pero, por otro lado, eso no quería decir que no estuviera desentendido de las mujeres. Es más, ellas formaban parte importante de su atención.

A pesar que la academia era de varones, se hizo amigo de un grupo que todos los fines de semana salían a la ciudad más cercana con el fin de ir a conocer chicas. A él le resultó particularmente difícil por ser un chico un poco tímido, pero de algo le dijo que no tenía por qué preocuparse por eso.

Primero procuró mirar las formas en las que sus amigos trataban a las chicas. Miró la confianza y la actitud, la forma de hablar y de acercarse a ellas. Aprendió todo e hizo el intento de tomar lo que le pareció interesante para sí mismo.

En una de esas salidas, conoció a una chica de su misma edad que le quitó la respiración casi de un golpe. Nunca se sintió tan conmovido por una persona como aquella vez. En ese momento se sintió más nervioso que nunca, al punto que comenzó a sudar profusamente.

Las gotas le corrían por la espalda mientras sus ojos no dejaban de ver a esa chica que estaba a corta distancia de él. Era morena, de ojos grandes y verdes, cabello por los hombros y con la expresión un poco callada y un tanto indiferente.

Sus amigos quedaron también impresionados por ella, pero se dieron cuenta con rapidez que no les prestaría el mínimo de atención, así que los ignoró campantemente. Sin embargo, Adam estaba decidido en poner en práctica sus habilidades recién aprendidas.

Entonces se bajó de la silla en donde estaba y la miró fijamente. De hecho, le pasó como a veces les suceden a los protagonistas en las películas, el tiempo se detuvo y sintió que todo comenzó a ponerse en cámara lenta. Los demás quedaron consumidos por la oscuridad y por la ignorancia que le había provocado la atención que ella le había robado.

La chica se dio cuenta de su presencia, de hecho, tampoco podía ignorar el hecho de que ese chico que estaba medio escondido también le llamaba la atención. Pero estaba segura de que él también la trataría con indiferencia. Sin embargo, cuando se encontró con su mirada, algo le dijo que el encuentro entre

los dos era inminente.

—Hola, ¿cómo estás? —Dijo él con naturalidad. Incluso se sorprendió de sí mismo.

—Eh, eh, hola. Muy bien, ¿y tú? —Respondió ella con cierta timidez en la voz.

—Genial, ¿te parece si te invito un helado o algo de tomar?

La cuestión entre los dos se dio en ese preciso momento. La conversación se dio de una manera tan natural que le agradó la idea de que todo se diera de esa manera.

Después de esa presentación, los dos comenzaron a pasarla juntos como nunca. Reían y se divertían un montón. Adam se sintió afortunado por pasar tiempo con alguien que lo hacía sentir cómodo y seguro de sí mismo. No tenía que pretender ser de otra manera porque no era necesario. No hizo falta.

Sin embargo, estaba manifestándose algo que estaba incomodando un poco al pobre Adam. Si bien las mujeres no fueron su punto necesariamente débil, se encontró en una verdadera disyuntiva con esa chica. Cada vez que pasaba tiempo con ella, estaba ansioso por descubrir los secretos que estaban ocultos... Y no tenía que ver en exclusivo con sus sentimientos.

La ansiedad despertaba cada vez más cuando la veía con lindos vestidos y con faldas, con jeans, con camisetas y chaquetas. Su cuerpo se marcaba cuando caminaba, cuando estaba sentada, cuando reía. Siempre, en todo momento.

Él parecía estar atormentado porque deseaba estar con ella con prontitud, deseaba demostrarle sus ganas de estar con ella y también de explorarla. Pero era un chaval de 17 que no sabía dar pasos seguros porque tampoco quería espantarla.

Sin embargo, Adam se sorprendió cuando ella, una noche después de salir del cine, le hizo la propuesta de tener sexo esa noche.

—Quiero estar contigo, me urge estar contigo.

No pensó que excitaría tanto al escuchar esas palabras por parte de una chica. Ella lo miró con sus grandes ojos verdes y él se quedó prácticamente helado. Sin embargo, hubo algo dentro de él que le dijo que no podía rechazar tamaña oferta. Debía hacerlo sin importar nada más.

—Vale, pero tengo que ir a una farmacia a buscar condones...

—Tranquilo, yo ya me encargué de eso.

Él no pudo evitar hacer una sonrisa. Ella pensó cada detalle. Incluso ahí mismo le dijo que irían a la casa de ella porque sus padres no estarían esa

noche. Las cosas no podían salir mejor porque sería demasiado perfecto.

Así pues, comenzaron a hacer el camino hacia el lugar en donde vivía ella, no había tiempo que perder.

Se tomaron de las manos y se encaminaron lo más pronto posible. Los pantalones de Adam estaban apretándoles cada vez más en el área del bulto. Estaba excitado por el morbo que ella le despertaba y por la escena que tuvieron hacía poco. Además, se le había hecho su sueño realidad, la chica que tanto le gustaba sería suya en cuestión de minutos. Se sintió como el chico más suertudo del mundo.

Por fin estaban en el lugar, cruzaron unas cuantas calles y luego se toparon con el frente de la casa de ella. El corazón de él comenzó a latir con fuerza, mientras que su chica le tomó la mano apretándosela un poco.

—Ven, es hora de entrar.

Él sólo le limitó a asentir, como si no tuviera problema alguno con lo que estaba sucediendo en ese momento. De hecho era así. Sin embargo, estaba esperando el momento para lanzarse sobre ella y quitarle toda la ropa que tenía encima. Esa noche estaba usando un vestidito corto de flores y una chupa vaquera. Tenía una mezcla de inocencia y de sensualidad que lo estaba volviendo loco.

Entraron finalmente a la casa en medio de la oscuridad. Ella le ofreció un poco de agua y aceptó por puro nervio. Le extendió la mano y comenzó a beber casi de golpe. Tanto así que tuvo la sensación de que estaba a punto de ahogarse. Pero nada, tenía que guardar la apariencia de que debía estar tranquilo, que tenía todo bajo control.

—¿Por qué no nos vamos para mi habitación? Creo que estaremos más cómodos.

Adam asintió y caminó junto a ella, con las ganas de devorarla más que nunca. Subieron las escaleras que los llevaría al segundo piso, lentos iban como queriendo alimentar el suspenso de la situación. A él le gustaba y también le causaba la sensación de que iba a volverse loco en cualquier momento. Ese cosquilleo que había en su interior se hacía más intenso. Tenía algo dentro de sí que tenía que sacar lo más rápido posible.

Ella se acercó al cuarto y entró primero para guiarlo también a él. Lo dejó que pudiera sentarse sobre la cama. Las manos de Adam le picaban cada vez más, pensó que perdería la razón en cualquier momento. Lo apostaba casi al 100%.

No hubo palabras durante todo ese rato, más bien estaban ansiosos por

comprender lo que estaban pasando en ese momento. A pesar lo segura que ella se veía, lo cierto era que se sentía insegura y torpe. Él también sintiéndose de esa manera pero no podía restarle importancia en ese instante en donde podía ser él mismo, la excitación lo tenía dispuesto a ir tan lejos como fuera necesario.

Adam hizo el ademán de decir algo pero no lo pudo hacer porque su acompañante se apresuró en quitarse la ropa poco a poco. Se quitó la chupa vaquera y quedó en ese lindo vestido. Pero tampoco lo tendría por demasiado tiempo. Se lo quitó mientras lo miraba a los ojos, esa chica estaba convirtiéndose en mujer delante de sus ojos. Lo que vio fue mucho mejor de lo que había pensado, esa piel descubierta, sólo para él.

La piel morena se veía tersa y suave, la cintura era pequeña, las caderas anchas, las piernas también. Sus pechos eran pequeños y firmes. Sus finos brazos tuvieron la sensación de que quería protegerse pero no quiso taparse, estaba completamente desnuda ante él, como ella fantaseó tantas veces.

Se echó un poco para atrás, como si su objetivo principal fuera estimularlo un poco más. Luego le sonrió como para tentarlo más y se preparó para recibir el abrazo de ese hombre, porque estaba segura que sería de esa manera.

Adam se quedó admirándola, hecho todo un tonto. Sin poder hablar bien, ni siquiera moverse bien. Pero sí, estaba maravillado, impresionado y sintió que algo dentro de sí por fin no tardaría en manifestarse.

Se levantó del borde la cama y se detuvo frente a ella. Acercó su rostro hacia el cuello de ella para olerlo y también para sentir los latidos de su corazón lo más cerca posible. Ella se puso nerviosa de inmediato debido por ese contacto pero también estaba ansiosa por sentirlo con todas las ganas del mundo.

Adam hizo lo posible por alimentar la tensión que estaban experimentando en ese momento. Entonces procedió también a quitarse la ropa, con torpeza y con los típicos movimientos inseguros de toda persona que no es demasiado diestra en el proceso.

Por fin se encontró desnudo ante ella. Enseñó su cuerpo ante una desconocida, se dejó ver en su estado de pura vulnerabilidad pero no tenía miedo. Sintió que no tenía tiempo para ello porque lo importante era ser de ella y ella de él.

Estiró sus manos suavemente y la tomó del cuello y con sus dedos aprovechó para acariciar su mentón. Ella de inmediato cerró los ojos para

concentrarse en ese momento y en el roce de piel con piel.

Luego abrió los ojos y se encontró con ese fuego que había en la mirada de él. Después de ahí las cosas fueron en picada. No supo ni cómo ni cuándo pero ambos se acostaron en la cama y comenzaron a acariciarse según aquello que le dictaba la naturaleza.

Adam estaba sintiéndose cada vez más exaltado pero tuvo que hacer un esfuerzo por recordar cómo debían hacerse las cosas. Pensó en esos artículos sobre cómo tomar el cuerpo de una mujer, así que hizo el esfuerzo para no desbocarse, para no irse de bruces.

Ella, cada vez, estaba demostrando una actitud marcadamente sumisa. Sólo deseaba convertirse en objeto de la pasión de esa persona que estaba con ella. De hecho, había fantaseado infinidad de veces con ese cuerpo, con esos ojos. Estaba segura de que él era un hombre muy intenso y quería probar su carne.

Lo tomó para atraerlo consigo, para besarlo con pasión, para derretirse entre sus brazos. Mientras, Adam estaba cayendo en una especie de abismo de placer y de lujuria que parecía comerse su piel.

Entonces, de un momento a otro, sintió que algo de él se había transformado por completo. Resultó ser ese momento preciso en donde se sinceró consigo mismo y admitió que dentro de él vivía una especie de entidad que sólo encontraba la deliciosa oportunidad de manifestarse en ese tipo de situación. No había nada más exacto que aquello

Él procedió a tomarla del cabello con fuerza, enterró sus dedos en ese espesor y no tardó demasiado tiempo en manifestar ese deseo de control y dominio que vivían en él. En cada momento estuvo atento en cada parte para no interrumpir la tranquilidad de su chica, bajo ningún concepto quería perturbarla ni molestarla. Para su suerte, ella estaba respondiendo como quería. Podía entonces ir un poco más lejos.

Entonces, se acomodó sobre la cama e hizo que ella lo hiciera también. Le abrió las piernas con sus manos y las acarició un poco. Luego se encontró con sus ojos y se sintió feliz por ver esas mejillas encendidas. Nunca se había sentido tan seguro de lo que estaba haciendo como en ese momento.

Su verga estaba hinchada, gorda del morbo y de las ganas de romper la carne de su amante. De esa chica dulce y de aspecto inocente. Él también estaba listo para dejar atrás esa faceta a un lado.

Se preparó para adentrarse tanto como fuera posible y apenas asomó el glande en el coño virgen de ella, pudo sentir una fuerte oleada de calor y de

humedad. Nunca pensó que fuera posible tanta excitación como en ese momento.

Entonces se alistó para hacer lo correspondiente, se apoyó lo suficiente y fue cuando pasó. Las manos de ella, más bien las uñas, se enterraron en la piel de Adam, produciéndole un grito inesperado. Ese estímulo doloroso fue suficiente como para que se preparara para darle con todo.

Metió el glande y fue poco a poco más adentro. Ella se perdía cada vez más en el dolor y el placer, lo mismo que pasaba con él. Los dos se habían convertido en adultos, habían pasado por fin ese umbral de inocencia para entregarse por completo a los placeres de la carne. Por fin pudieron experimentar el poder del sexo.

La pelvis de él comenzó a moverse de a poco, con la finalidad de iniciar una serie de embestidas de esas que había visto ya varias veces en las pornos que tenía guardadas en su computadora.

Ella, mientras tanto, estaba sobre esa cama con los ojos entreabiertos y con ganas de desprender su cuerpo de su espíritu. Estaba tan ensimismada que no podía creer el dolor y el placer que estaba experimentando en ese momento. Desde su perspectiva, él cobró una expresión contundente que no había visto ni en esos instantes en donde estuvo a punto de perder su virginidad con alguna cita.

No, los ojos de él tenían algo que le provocó miedo pero también le maravillaba. Esos ojos oscuros parecían esconder un poder que ni él mismo estaba consciente de ello.

Sintió cada parte de su piel y de vez en cuando se estiraba un poco para darle un beso y también para acariciarle el rostro. Ese mismo que estaba encendido y rojo.

Adam procuró adentrarse cada vez más en esas carnes que se sentían estrechas, perfectas y llenas de humedad. El calor que abrasaba su verga lo volvía cada vez más loco, poseído por una fuerza que ni el mismo podía medir.

Siguieron retozando por un largo tiempo y cuando ambos se sintieron más cómodos y también con la lujuria a flor de piel. Aprovecharon para cambiar de posiciones y también para besarse tanto como pudieran.

Ella no paraba de gemir ni de jadear. Eso mismo sirvió para que él pudiera probar con diferentes opciones que le permitieran tomar y tener mayor control de la situación.

El orgasmo para los dos parecía ser una especie de animal mitológico

que habían pillado en la escuela. Les era claro el tema de la penetración pero lo otro era un aspecto que no tenía demasiada importancia... Cuando en realidad tiene y mucha.

Él siguió penetrándola y tuvo un par de sensaciones interesantes: comenzó a sentir una especie de fuego en la boca del estómago, algo que se le esparcía por todas partes y que parecía tener una voz que no le dejaba de decir que tenía que dejarse llevar por eso mismo. En segundo lugar, se dio cuenta que ella estaba gritando de una forma un poco aguda y que su cuerpo había adoptado una postura de completa sumisión.

Fue obvio que la chica era finalmente suya, no tuvo duda de ello. Así que se afincó más en ella con el objetivo de hacerla explotar. Estaba ansioso por producirle una locura desmedida que estaba ansioso por ver ese espectáculo tantas veces como fuera posible.

Esto mismo también representó todo un reto porque eso implicaba que él mismo también tenía que poner un poco de autocontrol para no desbocarse como deseaba. Respiró profundo y siguió embistiéndola, lamiéndole la espalda, provocándole de todas maneras posibles.

Siguieron así hasta que por fin ella hizo un último alarido que fue señal de que por fin estaba corriéndose con la verga de Adam dentro de ella. Tomó las sábanas en sus manos, su rostro se afincó en la cama y sus ojos se cerraron con más fuerza. Estaba tan excitada que ni siquiera tuvo noción de sí misma.

Ella terminó cansada, por fin, sobre la cama, mientras que Adam estuvo listo para correrse sobre la espalda de su amante. Sacó su verga lentamente al punto de hacerla gemir un poco más. Le gustó mucho las veces que la volvía loca con su miembro.

Apenas colocó su verga entre las nalgas de ella, ese contacto de ambas pieles lo excitó mucho más de lo que ya estaba. Entonces comenzó a rozar su miembro en ese espacio, primero con suavidad y luego con brusquedad. Sus manos se quedaron ancladas en las caderas de ella con fuerza. Sus dedos estaban tan enterrados que incluso él pensó que la atravesaría por completo.

Siguió rozándola hasta que volvió a sentir ese calor envolvente. Siguió y siguió hasta que por fin el semen comenzó a salir de su glande profusamente. Los chorros salieron de él, de manera que estos comenzaron a esparcirse a los lados de las nalgas de ella hasta caer en la cama.

Al final, Adam, el serio y el reservado exclamó un largo gemido que pareció que provino de las profundidades de su ser. Cuando terminó, él se acercó a su chica para darle un largo beso en sus labios.

Después de limpiarse mutuamente y de unos cuantos mimos, los dos se acostaron en la cama todavía en la oscuridad. El brazo de Adam abarcó el cuerpo pequeño de ella y sus dedos comenzaron a jugar entre las hebras de cabello.

Sintió la mano de su amante sobre su pecho y el ligero sonido de la respiración que se vuelve más y más quieta. Ella ya había quedado completamente dormida, rendida entre sus brazos.

Adam la miró hasta que cerró los ojos, luego alzó la mirada hacia el techo tratando de ponerse a pensar en las cosas que acababan de suceder. Reflexionó sobre la reacción que tuvo cuando estuvieron juntos, cuando le atravesó la carne con toda la desesperación del mundo.

Cerró los ojos y trató de recordarse a sí mismo en cada faceta que había pasado. Se le vinieron a la mente todas esas veces en donde sintió que su cuerpo estuvo casi poseído por una fuerza que lo tomó por segundos, casi controlándolo por completo.

Le resultó curioso y se preguntó si eso le habrá sucedido a un amigo de él, quiso saber si realmente aquello era posible. Sin embargo, algo le dijo en su interior que pertenecía a otro tipo de persona y que tendría que pasar algún tiempo para que diera exactamente con el nombre.

Entonces, en vista que no obtuvo respuestas, prefirió descansar un rato y olvidarse de sí mismo... Al menos un poco.

V

Después de esa noche, Adam se juntó con esa chica durante todo el periodo hasta que se graduaron. Tanto ella como él tomaron caminos separados, por lo que estuvo listo para explorar su vida de soltero tras haber ganado una beca en Negocios y Administración.

Durante esos años, Adam dio con el adjetivo preciso para su condición: era todo un Dominante en el sexo. Esto lo confirmó no sólo en sus relaciones casuales sino también porque una noche, durante una larga jornada de estudio, hundió su cabeza en un anuncio publicitario que le salió en Facebook.

Le llamó la atención el rostro desconocido detrás de una máscara que parecía de cuero, puesta en primer plano. Las letras en rojo, el fondo negro y esas palabras que le parecieron un misterio: “¿Quieres conocer un poco más?”.

Se sintió intrigado por eso, por todo en realidad. Miró hacia los lados y se aseguró de que su roommate no estuviera cerca para no tener que explicar la situación. Entonces, tomó el mouse y movió el cursor por la pantalla. Se acercó a esta también como para no perderse de ningún detalle.

En cuanto hizo clic el anuncio lo llevó a otro lugar, puntualmente una página web de citas BDSM y también de juguetes sexuales. Observó una gran cantidad de objetos que le parecieron fascinantes y que le movió la curiosidad de alguna manera.

Luego, se concentró en las fotos de las mujeres y de los hombres que se desplegaban frente a él, la diversidad de expresiones, vestimenta, actitud. Le llamó la atención esas mujeres como puestas en estado de sumisión, casi esperando ansiosamente la orden o el acomodo de la otra persona.

En términos, la página no le llamó la atención puesto que sólo parecía publicidad y nada más. Sin embargo, justo cuando estaba preparándose para leer el material que tenía en frente, Adam se cruzó con la palabra “blog” e hizo clic.

Se encontró con un mundo completamente diferente. Se trataba de entradas que tenían que ver con experiencias personales y también la organización de reuniones. Todo estaba allí, como un mundo dispuesto sólo para él y para sus deseos.

Entonces comenzó a leer las experiencias personales de sumisas anónimas, historias de mano por chicas —y chicos también- que hablaban al

respecto para dar rienda suelta a esos momentos intensos y deliciosos.

Cada palabra lo acercó a la verdadera cara de la perversión, de los deseos oscuros de la naturaleza humana. No había buenos comportamientos, ni siquiera el mínimo de decoro. Todo era sangre, sudor y lágrimas, jadeos y gemidos de todo tipo.

Mientras estaba sentado, estaba excitándose cada vez más. El bulto de su entrepierna se endurecía mientras sus ojos seguían devorando las palabras que tenían frente a él. Quería masturbarse, quería tomar a alguien para hacer todo lo que estaba allí y que alguna vez había imaginado.

Tuvo que alejarse un rato para darse cuenta que tenía que tomar un respiro después de entender todo lo que tenía que ver con él. Por fin encontró un nombre a lo que era, pero también tuvo consciencia que eso tenía un precio.

No podía andar por ahí diciendo lo que era porque corría con el riesgo de que la gente lo juzgara de manera errónea. Además, también podía poner en peligro todo lo que había logrado limpiamente. No podía permitirse eso ni por asomo.

Se quedó pensativo pero no quiso darle paso a las malas noticias o al sentimiento de derrota, al menos no todavía, así que pensó que tenía que despejar las dudas al ir a una reunión para descubrir cómo eran realmente las cosas.

Buscó que la próxima reunión se haría dos días después, pensó que sería una buena idea asistir, aparecerse y mezclarse entre la gente que estaba allí. Luego de anotar la dirección y guardar el evento en un calendario privado en Google, cerró el portátil y se fue a dormir.

Esperó esos dos días como si la vida se le fuera en ello. Estaba asustado y también preocupado porque no tenía idea de lo que iba a encontrar. Pero algo le dijo que no tenía por qué preocuparse, de alguna manera se encontraría con sus pares, con personas que eran como él y que tuvieron que esconder sus verdaderas identidades hasta que pudieran encontrar un espacio que les permitiera expresarse como quisieran.

Cuando llegó el día, tuvo que excusarse del piso inventando que iría a una fiesta que le habían invitado. No pensó que su compañero fuera tan insistente y curioso. Luego de sacudírselo, salió y tomó su coche para ir a la fulana dirección.

Se encontró con una puerta de color rojo de un edificio cualquiera, en la zona industrial de la ciudad. Pensó que era un buen lugar puesto que estaba alejado de los curiosos y la misma gente podría filtrar quién podía entrar y

quién no.

Se acercó entonces y tocó un par de veces. Se echó para atrás y se dispuso a esperar ansiosamente durante ese tiempo. Pensó que estaría allí por la eternidad.

Cuando estuvo a punto de replegarse, se abrió la puerta de golpe. Lo recibió una voluptuosa mujer de pechos enormes, cintura pequeña y cabello rojo ensortijado.

—¡Hola! Bienvenido, espero que pases una linda noche. ¡Ven!

Ella le tomó la mano y le haló la mano para que él entrase. Adam no había terminado de mirarle las tetas cuando ya estaba en el lugar, finalmente.

De fondo estaba música electrónica y el ambiente se sentía diferente, interesante... No encontró palabras para describir lo que estaba sintiendo. Así que procuró observar cada detalle.

El lugar era de paredes negras y muebles del mismo color. Aunque no era demasiado grande, Adam se dio cuenta que habían algunos espacios que estaban divididos para dar la sensación de que había estancias para cada quien.

Sus ojos se pasearon por un par de jaulas que estaban en la parte central y en tres umbrales que daban a habitaciones más reducidas. Había alfombras de diseños intrincados, sillas, pequeñas mesas y también un bar no muy grande para que la gente tuviera la oportunidad de refrescarse un poco. Cada vez se sentía como en el paraíso.

Cerca de él caminaban mujeres desnudas sólo ataviadas con cuerdas amarradas en el cuerpo o vestidas de trajes de cuero y látex. Algunos hombres usaban trajes oscuros o ropa más informal pero de color negro. Se sintió aliviado que no había roto esa especie de protocolo tácito que había.

Caminó un poco, como dando vueltas. La verdad era que no sabía qué hacer pero luego decidió que entraría a una de esas habitaciones para saber de qué iba la cosa. Se sorprendió de golpe porque se encontró en un lugar en donde había una gran X. Había una persona que estaba atada en esa misma estructura, con el cuerpo desnudo y recibiendo una serie de latigazos por parte de una mujer de baja estatura.

Ella estaba vestida de medias, tacones y vestido rojo. En una de sus manos estaba un látigo de varias lenguas de cuero y cada vez hacía un rápido movimiento de muñeca con el fin de abrirle la piel a ese amante que sólo se limitaba a gemir y jadear por el dolor y el placer.

Adam giró la cabeza y se encontró acompañado por más personas que no

le prestaron la más mínima atención en cuanto él entró. Se sintió mínimo pero también cobijado por el ánimo de un grupo de personas que estaban en una especie de ritual sagrado.

Entonces se colocó al fondo de la habitación, consumido por las sombras provocadas por las luces tenues en el techo. Se sentó en una silla y siguió mirando. Observó el color rojo de esa espalda, contrastada por la blancura de las piernas. También se dio cuenta de los hilos de sangre que recorrían la piel lentamente, la cual, por cierto, también se mezclaba con las gotas de sudor.

Sin embargo, a pesar que ese hombre estaba expresando su dolor por medio de una serie de ruidos, no dejó de demostrar su entera disposición ante esa persona que estaba dándole todo el placer del mundo.

En él, surgió la necesidad de producir dolor y de ver las reacciones ajenas, porque se encontró seguro cómo él podría encontrarse en un momento como ese. Seguramente se volvería loco, desembocado y ansioso por tener más y más.

Se levantó lentamente para luego dirigirse a la habitación contigua. Se sintió atraído por el sonido y se dio cuenta de la razón. Se trataba de una mujer acostada en una mesa de madera, bajo un foco de luz blanco y completamente desnuda. Sobre ella, un hombre igual en cueros y con la cabeza cubierta por una especie de tela negra que sólo dejaba espacio para los ojos.

A pesar de ese aspecto rudimentario, los dos estaban retozando en ese espacio. Sin embargo, él estaba sobre ella, embistiéndola una y otra vez con una fuerza increíble. Además, a veces la tomaba del cuello, apretándolo o se concentraba en colocarle pinzas de madera en los pezones y en las aureolas.

La mujer no paraba de gemir y cualquier movimiento que realizaba, quedaba casi completamente anulado por las cuerdas que tenía atadas en sus piernas y brazos. Esos mismos amarres eran fuertes y seguros, además de hacerles presión en su piel, por lo que fue normal ver el roce de la cuerda y cómo esas zonas estaban enrojecidas y hasta de color púrpura.

Sólo se escuchaban los gemidos y los gritos de esa mujer que de vez en cuando eran ahogados por las manos de él o por algún trozo de tela que estuviera cerca. No obstante, él disfrutaba de esos ruidos, actuaban como una especie de gasolina para sus movimientos.

A diferencia de la vez anterior, Adam se encontró con la misma situación. No podía dejar de sentir que esos gemidos entraban en su piel, atravesándolo. Fue víctima de eso que veía y deseó más que nunca el ser esclavo de las piernas y de ese coño y de ese universo que se abrió paso ante él.

Después de unos minutos, se levantó del lugar en donde estaba porque tuvo la necesidad de ir algo para tomar. Cuando salió de allí, sintió que el corazón le iba a salir del pecho. Estaba acelerado y también sonrojado.

Pidió un trago de whiskey y se sentó en una silla no muy lejos de allí. Apenas lo hizo, sintió el calor en la garganta y poco a poco comenzó a experimentar el que ya estaba tomando el control de la situación.

Adam se quedó pensando, reflexionando e imaginándose cómo se vería a sí mismo en esas situaciones. Paseó sus ojos por todo el lugar, detalló el negro de las paredes y el rojo de los detalles, las jaulas ahora ocupadas por chicos y chicas desnudos y con collares en sus respectivos cuellos.

Sí, parecía bizarro, extraño y fuera de lugar, pero resultó que estaba como en casa. Pensó que nada ni nadie sería capaz de juzgarlo y que por fin había encontrado una especie de refugio en donde podía ser el mismo.

Recordó esas veces durante su adolescencia en donde trató de entenderse a sí mismo, en esas ocasiones ya siendo adulto que sentía que se desconectaba porque no lograba expresarse debidamente. Ahora parecía que era cuestión del pasado.

Bebió el resto del contenido y luego de unos minutos, se fue de allí pero ahora con la mente mucho más clara. Él era Dominante y lo verdaderamente urgente era debutar en ese nuevo rol que ya había asumido.

La noche de la visitar de ese club BDSM pintó con claridad la perspectiva de vida que quería Adam. Al principio las cosas no se dieron fácilmente pero se le presentó la oportunidad de estar con alguien que estaba dispuesta a darle todos los conocimientos que necesitaba. Estaba entusiasmado y listo para emprender tamaña aventura.

Paralelamente, le iba más que bien en la universidad, él era la estrella y muchos profesores predijeron que sería el digno representante de esa casa de estudio.

La experiencia que iba ganando en ambos aspectos de su vida lo estaban volviendo una persona que estaba preparándose cada vez más y mejor en sus responsabilidades. Atendía a la sumisa que estuviera con él, mientras que lidiaba con su día a día entre exámenes y pasantías.

En esos momentos se recordaba a sí mismo que no quería ningún otro bocado de pobreza ni de desesperación, así que trabajo duro, muy duro para hacerse un nombre en el mundo de los negocios. Las grandes corporaciones lo querían con él, era un chico brillante sin duda.

Sin embargo, internamente quería crear su propia empresa, ser alguien

que realmente tomara las riendas de su vida para hacer sus sueños realidad. Estaba entre esos dos caminos y estaba pensando cuál era el más conveniente.

Llegó el día de la graduación y Adam se veía muy diferente al día en cual entró. Se veía más hombre y maduro. Sus padres también lo notaron y se sorprendieron de la persona que estaba frente a ellos.

Por otro lado, él se sentía más poderoso que nunca. Estaba decidido a cumplir con sus objetivos y así sería.

Luego de trabajar un par de años para una gran corporación, Adam se sintió listo para saltar al vacío con su empresa. Mucha gente le recomendó que no lo hiciera pero él no era una persona que necesariamente escuchara a los demás. Siguió con eso porque quería trazar su propio camino.

Todo el tiempo y los sacrificios que tuvo que hacer le rindieron frutos. Pudo convertirse en el dueño de su empresa en poco tiempo.

El camino al éxito le llevó tiempo y también muchas preocupaciones, sacrificios de todo tipo pero poco a poco veía el sentido de toda la situación. Tenía que encontrarse en ese punto para seguir con sus planes.

Por supuesto, esto le valió el reconocimiento de sus pares como uno de los jóvenes más influyentes e importantes de la industria. Los medios comenzaron a prestarle atención. Encontró eso un poco fascinante, fue una manera de darle la atención que tanto le gustaba tanto tener.

Entonces Adam pasó a ser un chico de un barrio pobre a ser alguien de renombre y que aparecía en Internet como el soltero más codiciado de la sociedad. Ese tío alto, moreno, de cabello espeso y de ojos rasgados había conmovido a muchas mujeres y él aprovechó la ocasión para salir con algunas de ellas, para conocer y salir.

No sólo se hablaba de que su empresa ya estaba cotizando en la bolsa sino que sus fotos en la calle con las mujeres más hermosas del momento, también era objeto de adoración de los periodistas de chismes.

No era su objetivo, obviamente, pero disfrutaba la atención y vio todo eso como un mal menor. Total, no estaba demasiado interesado en eso.

Conoció a una chica, hija de un magnate comercial. Ella resultaría la heredera de esas empresas y quizás sería la mujer más poderosa del sector privado. Además, era una rubia que dejaba enamorados a su paso.

Cuando se conocieron, fue ella realmente quien quiso saber de él. Adam la encontró bastante insulsa y no le prestó atención. Eso fue suficiente para que ella hiciera lo posible para ir hacia él y darse a conocer. Nadie la había ignorado como él lo había hecho y eso era inadmisibile.

Al poco tiempo, comenzaron a salir y se les vio más juntos que nunca. De hecho, la prensa no perdió tiempo en especular que ambos se casarían pronto. Sería la historia perfecta entre la dama y el vagabundo, o bueno, al menos en parte.

Adam no podía negar que le gustaba estar con ella. Se trataba de una mujer brillante y de carácter fuerte, decidida y sin dejar de lado que era increíblemente guapa. Le daba risa ver la estela de tíos que se babeaban por ella cuando la veían pasar. Sin embargo, tampoco podía obviar que no terminaba de estar enganchado, por más que quería, por más que deseaba.

Sería la mujer más rica del país en un punto, sí, pero eso ni lo tenía suficientemente convencido. Así que se hizo común los reclamos de ella, esos que demandaban tiempo y momentos con él. Pero Adam estaba concentrado en dos asuntos importantes: crecer con su empresa y el BDSM. De hecho, a veces extrañaba ir al club o ver a sumisas de cuero y látex, ese era su mundo y sabía muy bien que ella no lo entendería.

Eso fue suficiente para que comenzara ese vaivén típico de las parejas que no saben realmente qué hacer. Era claro que Adam era fanático de su libertad y que parecía que nada lo convencería de lo contrario, y ella, pues, ella quería la boda perfecta. Eran formas de ver la vida muy diferente.

Aunque él se pintaba muy independiente, por dentro deseaba pasar tiempo con alguien que lo entendiera a la perfección, que se prestara para sus cosas y que lo aceptara con todo. Salir con chicas guapas era genial, pero hasta ahí. Quería adrenalina.

Después de haberse quedado un largo frente al ventanal de la oficina, pensó de inmediato en que esa noche tenía una cena pendiente con unos inversionistas, casualmente relacionados con la familia de su ex. Suspiró de aburrimiento.

Sin embargo, recordó el momento en donde recibió el número de teléfono por parte de esa chica de cabello llamativo. Recordó el rostro, la belleza de sus ojos azules y de las cuantas pecas que adornaban su rostro de aspecto inocente.

Mientras estuvo en la cafetería, aprovechó cada momento para observarla, para medir sus pasos y su forma de moverse. Todo bajo la discreción de una persona que sabía perfectamente cómo observar.

Encontró el papel en su chaqueta y lo miró por un rato. Era una letra legible y clara.

—“Ágata”. —Dijo para sí. Concentrado en lo que estaba mirando. —

Uhm, veamos qué tal. Estoy seguro de que me llevaré una sorpresa.

VI

Ella volvió a despertar mirando la suciedad que había en el techo. A pesar que le resultaba una imagen sumamente repugnante, sintió alivio de que pronto tendría el dinero suficiente como para comprar la pintura necesaria y disponerse a arreglar la habitación. No podía esperar el momento para deshacerse de esas odiosas manchas que la volvían loca.

Se levantó como siempre, casi como si estuviera sumida en un profundo estado de trance. Le llamó la atención que muchas cosas las hacía de manera automática, habían calado en su costumbre de todos los días casi como si tuviera una enfermedad.

A diferencia de otros días, le tocó trabajar doble turno, por suerte le pagarían más del doble, le darían un tiempo considerable de descanso y recibiría comida que servían allí. Nada mal.

Se puso el uniforme y se preparó para ir aunque seguía pensando en los diferentes patrones que dibujó el moho de su techo. Su día comenzó el momento en que puso sus pies sobre el alfombrado. Añoró de inmediato una calada a un porro. Al menos uno.

Pasó el resto del día caminando de un lado hacia el otro. Sus pies estaban a punto de reventar y pensó que se volvería loca en cualquier momento. Almorzó una hamburguesa de gran tamaño y bebió suficiente gaseosa como para satisfacer su suministro de azúcar por cinco años. Descansó también y siguió de la misma manera. La paga era tentadora.

Llegó al final del día justo cuando el gerente le tomó el hombro y se lo tocó con delicadeza.

—Ven para darte el pago.

Ella entró a la oficina con grandes bolsas debajo de los ojos y con las ganas de aterrizar sobre una cama y así olvidarse de sí misma.

—Aquí tienes, puse un poco más y también aprovecho para decirte que puedes tomarte el día de mañana. ¿Te parece?

Ágata sólo pudo asentir ante esa oferta que le pareció la cosa más maravillosa del mundo. Sólo deseaba salir de allí e ir casa.

Tomó el dinero y se fue, hizo un desvío para comprar un poco de tinte azul para pintarse el cabello porque le urgía tener un poco de brillo y vida. Quería quitarse ese aspecto de descuido aunque por dentro se sentía terrible, simplemente terrible.

Optó por la misma marca de siempre, pagó, salió. Entró a la pizzería pequeña que estaba en la esquina de su casa y compró una grande sólo para ella, más gaseosa y una cajetilla de cigarrillos. Todo se lo llevó y subió con un poco de emoción.

Primero organizó todo para pintarse el cabello y luego se quitó la ropa para estar más cómoda. Luego procedió a teñirse mientras sonaba Interpol de fondo. Mientras esperaba que el tinte hiciera su trabajo, pensó de inmediato en las ganas que tuvo de morirse, en que quería dejar de pretender que quería tener orden en su vida, puesto que su vida no tenía sentido.

Tomó un baño y luego se echó sobre la cama para comer y ver un poco de televisión. Mientras lo hacía, miró las pastillas que tenía en la mesa de noche de al lado. Tenía que tomarlas porque de lo contrario, se convertiría en una especie de coche fuera de control.

Lo hizo de mala gana y luego volvió a concentrarse en lo suyo. La idea de tener el día libre le pareció interesante puesto que podría descansar, pero ella no realmente quería eso. Más bien eso representaba que pasaría horas y horas pensando que su existencia era sólo un vórtice hacia la nada. Podría ir allí para hacer algo o podría olvidarse de sí misma en algún puente de la ciudad.

Luego, como si apareciera casi milagrosamente, recordó de inmediato la imagen de ese hombre que se le presentó de repente. No sabía su nombre ni lo que hacía, pero su cuerpo, su rostro la conmovieron por completo.

Esos ojos rasgados y oscuros, el cabello espeso y el traje formal. Recordó el brillo de sus zapatos y las ganas que tuvo de hincarse ante él y lamerlos en forma de darle a entender que deseaba obedecerlo siempre, siempre.

Era una locura, ni siquiera lo conocía pero él le despertó un deseo descontrolado y quería saber por qué. Sus esperanzas quedaron reducidas a ese trozo de papel y nada más.

Siguió mirando sin demasiado interés la pantalla que de seguro estaba mostrando alguna película mala. Sin darse cuenta, su móvil empezó a vibrar, poco a poco el ruido se hizo más intenso y giró. Lo miró sin demasiadas ganas porque pensó que seguramente era su jefe para pedirle que cubriera un puesto, pensó que quizás eso podría ayudarla a alejarse de los pensamientos destructivos.

Apenas tomó, se fijó en la pantalla y no reconoció el número de teléfono. Pensó que no tendría nada que perder y atendió la llamada:

—¿Sí, bueno?

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien. —Sonrió ella, el tono de voz le resultó familiar pero no lograba recordar de quién se trataba. Quizás de un amante que se había manifestado de repente. —Ehm, ¿y tú?

—Ah, no me digas que no te acuerdas de mí. La verdad es que eso me rompería un poco el corazón, Ágata, sobre todo por la forma en cómo me pasaste el número de móvil. —Respondió él un poco juguetón.

Ella se volvió a quedar callada hasta que se le vinieron todos los recuerdos de golpe. Por supuesto, era él, el misterioso hombre de traje y zapatos elegantes.

De repente, sintió que su corazón se puso en marcha casi tan rápido como una locomotora. Estaba tan nerviosa y asustada que pensó que no sabría cómo reaccionar ante ello pero tuvo que hacer un ejercicio para calmarse y tratar de parecer que todo había sido producto de una cuestión natural.

—¡Ah!, lo siento, lo siento. Claro que recuerdo, pero la verdad es que pensé que no sabría de ti. Y fíjate, esto sí que me sorprende y de manera muy grata. ¿Cómo estás?

Ella no podía creer lo que estaba pasando, ese hombre le estaba llamando por teléfono para tener una conversación casual. Si bien no era lo suyo, no le dio demasiada importancia porque estaba muy contenta.

—... Pues bien, no me puedo quejar. Pero oye, se me ocurrió una idea y me gustaría hablarlo contigo. —El suspenso hizo que Ágata sintiera los nervios más acentuados de lo normal. —¿Qué te parece si te paso buscando y tomamos algo? Tengo ganas de hacer algo diferente hoy.

Por lo general, ella era una persona que no solía rechazar alguna invitación, pero esta vez, estuvo a punto de hacerlo. Anímicamente se sentía mal. Por eso, se quedó callada unos cuantos minutos, se puso a pensar en la seriedad de la propuesta.

Tenía la opción de rechazarla pero la curiosidad de estar con una persona así, como él, no la quería desaprovechar. Entonces sintió una especie de ola de euforia, se incorporó sobre la cama y aceptó la propuesta.

—Claro, claro, me encantaría. Si quieres te paso la dirección por WhatsApp.

—Está bien, sería estupendo. —Respondió él.

Acordaron que se verían en un rato, Ágata saltó de la cama y fue corriendo hacia el baño para ver su aspecto. Le dio un poco de terror lucir desaliñada, sobre todo ante un tío con una presencia tan imponente como la

suya.

En cuanto se miró al espejo, el ahora cabello azul se veía más brillante que nunca, corto y bien llamativo, tal como le gustaba. Salió entonces hacia la habitación para ponerse algo adecuado. No quiso nada demasiado arreglado o formal, pero tampoco podía ir luciendo como una improvisada. Estaba dudosa y tenía que tomar una rápida decisión.

Entonces optó por un vestido negro que le llegaba un poco más arriba de las rodillas, bien ajustado, claro. Una chupa vaquera bastante desgastada y unas zapatillas Converse negras. Fue de nuevo a arreglarse y se peinó hacia atrás para darle un toque más severo puesto que era sólo una chica de 19 años.

Se pintó la boca de color rojo y se preparó fue hacia la cocina para tomar un poco de agua y calmar los nervios. Miró el reloj de su móvil para monitorear la hora, él estaba cerca. Lo sabía y lo presentía.

Adam la llamó para decirle que la estaba esperando. Después de despedirse, salió de su Camaro del 79 y se apoyó en el capó mientras tanto. En el ínterin se quitó la corbata porque al menos quería despejarse de algo que le recordaba el duro día de trabajo que tuvo. Ahora sólo estaba concentrado en hablar con esa chica. Quería saber qué tan emocionante era.

Giró la cabeza y se encontró con la mirada de ella. Bajaba las escaleras de cemento de la entrada como si estuviera viendo un film en cámara lenta. A diferencia de la primera vez, en esa ocasión tenía el cabello de un azul brillante, casi de la misma intensidad de sus ojos.

La vio sonreír y también tuvo oportunidad de encontrarse con las formas de sus piernas y el movimiento sensual que hacían sus pechos cuando se movía. Ese vaivén le pareció tan sensual, tan hipnotizante que tuvo que hacer un esfuerzo para desprenderse de esa imagen que parecía tenía anclada en sus neuronas.

—¡Hola! —Saludó ella con la mano.

Ágata lo miró y hubo una especie de fuerza que se manifestó en ella. Sintió la necesidad de saludarlo un poco más cerda, así que lo hizo. Se aproximó unos cuantos pasos, se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla. Dejándolo sorprendido y también con ganas de ir un poco más lejos.

Él no dejó de sonreír en ningún momento, así que aprovechó para tomarle desde la cintura. Sabía que se trataba de un movimiento arriesgado e invasivo, sin embargo, se encontró con una reacción bastante favorable.

Ella rodeó sus hombros con firmeza y lo miró fijamente a los ojos. Adam quedó definitivamente prendado de ella, supo que había caído en una especie

de abismo con esa chica de aspecto rebelde y único.

Le tomó la mano porque ansiaba crear un poco de suspenso y luego la llevó hacia el coche para ir a un lugar que no tenía idea de cuál.

Cuando él lo hizo, Adam no tenía demasiado claro a dónde llevarla, simplemente tomó el impulso de verla porque deseaba conocer más a esa persona que había mostrado un interés particular en él. Le llamó la atención la forma en que ella intentó captar su atención. Le pareció tierno.

La chica, en cambio, estaba más nerviosa que nunca pero también con la sensación de que las cosas saldrían mejor que bien. De vez en cuando lo miraba de reojo porque le gustaba la idea de observar los detalles de él.

Se sintió atraída por los detalles más pequeños, desde la forma en que cómo se ladeaba un poco sobre el asiento para tomar el volante, el pequeño doblado de la camisa que se le hizo por quitarse la corbata y claro, el estilo que tenía al vestir y la seriedad de su perfil que parecía emular una escultura. Sí, definitivamente era bello, imposible, sensual.

Adam decidió por tomar unos tragos en un bar que solía frecuentar solo. Sería la primera vez que compartiría un lugar tan importante para él. Pensó que sería un buen ambiente para ambos, algo más relajado.

Por otro lado, comenzó a imaginar sus manos y su boca sobre esos deliciosos pechos. Imaginó el momento en que los tendría de frente, listo para saborear cada aspecto, cada instante. Deseó tenerlos para él, por entero, apenas se asomaron en el escote delicado de ella en ese vestido corto y sensual.

Pisó el acelerador porque quería saber cuáles serían los resultados de una noche como esa, quería saber si la tendría en sus sábanas y se comería de sus carnes como el desquiciado que era.

Dobló unas cuantas calles hasta que por fin llegó al lugar que deseaba. Se trataba de un bar en uno de los barrios más populares y bohemios de la ciudad.

Tenía grandes ventanales que dejaban ver el interior. Resultó ser un lugar muy bonito y de ambiente agradable cuando ambos pudieron entrar. Adam buscó rápidamente una mesa y ambos se sentaron un poco alejados de la gente.

Como era un cliente frecuente, un mesero lo saludó y lo atendió rápido.

—Sí, una botella de vino tinto y una tabla de quesos y uvas, por favor. — Dijo Adam con toda seguridad.

—En seguida, señor. — Respondió el mesero para volver a desaparecer entre las mesas y la gente que estaba alrededor.

Él se concentró en la mirada de ella casi de inmediato. No se sintió como

en esas citas que le resultaban tan molestas, más bien experimentó una agradable sensación de bienestar porque estaba cómodo con la compañía. Además, le resultaba gracioso que la gente mirara sorprendida a la chica que estaba con él.

—¿Qué te parece el lugar? —Preguntó Adam.

—Pues, está majísimo. No me imaginé que existiera un lugar tan bonito como este. La verdad es que me deja sorprendida. Me encanta. —Respondió Ágata con los ojos brillantes.

Él asintió lentamente porque estaba pensando en cómo podía abordar el tema de estar con ella. Le intrigaba saber la razón principal por la que lo contactó de esa manera.

—¿Sabes? No me gusta mucho eso de andar con rodeos, así que diré lo siguiente para salir de dudas. ¿Por qué decidiste pasar tu número así?

Inmediatamente, Ágata se sonrojó. No supo qué decir en un buen rato porque se había quedado fría. Lo más extraño fue que fue la primera vez que experimentó algo así, ya que por lo general era quien estaba siempre relajada y dispuesta a ese tipo de situaciones. Sabía cómo estar con los hombres, pero él, él le resultaba todo un misterio.

—Bueno, me dieron ganas de conocerte, eso es obvio. Además, estaba en medio del jaleo y me pareció la opción más creativa y rápida.

Adam se quedó callado. Obtuvo la respuesta que quería y sintió que las puertas a nuevas posibilidades se le abrieron de par en par. Se quedó pensativo y luego se acercó más hacia el rostro de ella. Ágata lo miró estupefacta, fría y nerviosa.

—Vaya, estoy de suerte porque una chica como tú se haya fijado en mí. De verdad que todo me parece increíble y muy interesante.

Ella respondió una sonrisa y justo cuando pensó que la besaría, aterrizó sobre ellos un par de copas de vino y una tabla de madera para picar. El ambiente que se había formado quedó roto momentáneamente.

Brindaron y luego comenzaron a hablar de unas cuantas cosas ajenas a la conversación anterior. De esa manera y poco a poco, ella comenzó a experimentar los efectos del alcohol, a pesar que era una persona que estaba acostumbrada a las farras y al descontrol.

Ágata estaba sintiéndose cada vez más suelta, más dispuesta a cruzar ese umbral que tenía frente a él. Adam hablaba y movía las manos, cruzaba las piernas y se concentraba en el tema de conversación pero ella estaba en una dirección completamente diferente. No dejaba de pensar en sus labios, en el

sabor de su lengua, en el calor de su aliento.

Se fue acomodando cada vez más, movía el vestido para mostrar sus piernas y también se inclinó un poco para enseñar el escote que tenía. Sabía que era uno de sus grandes atractivos y quería enseñarlos para tentarlo a él.

Sus mejillas iban sonrojándose cada vez más y sintió que estaba muy cerca de no poder soportar con la situación. Así que esperó que él hiciera una pausa para poner en marcha ese plan que tenía en su cabeza.

Adam hizo una pausa para tomar un poco de vino y esperar la respuesta de su acompañante, pero se dio cuenta que ella estaba particularmente callada y se sintió intrigado por ello. Entonces pasó algo que le tomó por sorpresa, Ágata se inclinó hacia él con delicadeza para tomar su rostro con ambas manos y así, besarlo.

Lo hizo despacio, procurando no interrumpirlo ni molestarlo. Sus labios quedaron fijos y luego comenzaron a moverse, todo en una especie de ambiente sensual, delicado.

Él se quedó impresionado por la iniciativa de la chica, de hecho, se percató que ella lo hizo ya dos veces y que él tendría que hacer lo posible para ponerse a la par de la situación.

De esa manera, tomó la silla con ambas manos para atraerla hacia él. Sus dedos descansaron en su cintura y se dispuso a besarla con más fuerza y ahínco. Sus lenguas iban a todas las direcciones, entrelazándose, uniéndose. Sus alientos y sus labios también estaban en lo mismo, fue una especie de sinfonía perfecta, sublime.

Fue así como ambos perdieron la noción de todo lo que tenían alrededor. El sonido de las carcajadas, de las copas chocándose, de la celebración, del roce de los pies sobre el suelo por parte de los meseros, todo fue una especie de ruido que fue menguando poco a poco. Lo único que era verdaderamente importante eran ellos dos y nada más.

Siguieron besándose hasta que se separaron un poco para frenar el impulso de comerse allí en donde estaban. Entonces, Adam pensó que ya todo estaba servido, sólo bastaba hacer la pregunta decisiva ante la situación, el formular la interrogante que daría paso o no a la siguiente situación.

—¿Qué tal si nos vamos a un lugar más cómodo? —Dijo él con la voz baja y suave.

Ágata, después de salir de esa especie de trance, sólo pudo asentir con lentitud. Aceptó la propuesta porque estaba deseosa de sentir el cuerpo de ese hombre sobre el suyo, haciéndole de todo, viviéndola y gozándola.

Él alzó la mano para pedir la cuenta y después ambos salieron con premura entre los besos y caricias. Ella estaba acelerándose cada vez más, deseó tanto ese momento que pareció que no pudo creer lo que estaba pasándole.

Se subieron al Camaro y comenzó la ruta hacia una aventura que se estaba preparando desde hacía mucho tiempo. La tensión que se formó entre los dos desde el primer día en que se encontraron, fue más que obvia, sólo necesitaron un pequeño impulso para continuar con lo que estaban sintiendo.

En cuanto estuvieron solos y juntos, Ágata tomó una actitud más frontal. Se fue hacia él para besarlo y para tocarlo, mientras que él estaba ansiando el momento de tenerla sobre la cama y dominarla como quería. Deseaba el momento de demostrarle quién mandaba realmente.

Puso el pie en el acelerador porque quería llegar con rapidez, así que hizo unas cuantas maniobras hasta que llegaron a un hotel que estaba en otro lado de la ciudad bastante elegante.

Ágata estaba impresionándose por los lugares que había visitado con él, sobre todo porque se encontró con realidades completamente a las suyas. Pero como fue de esperarse, no fue capaz de observar algo más porque él le tomó la mano para llevársela consigo.

Entraron entonces y se encontraron con un lugar elegante, pequeño pero acogedor. Ella estaba mirando todo, observando todo como si fuera una niña. Mientras que él estaba encargándose de hacer los preparativos correspondientes.

Al terminar, le tomó la mano y caminaron hacia los elevadores. En cuanto se cerraron las puertas, él se dispuso a tomarla desde la cintura para acariciarla y poseerla con fuerza. Ella se quedó entre sus brazos y entre sus labios.

Estaban a punto de perder el autocontrol para cuando se escuchó el sonido de las puertas abriéndose otra vez. Quedaron en medio del pasillo y caminaron hacia la puerta de la habitación que les habían asignado.

Entraron y tampoco hubo tiempo para admirar los alrededores, Adam estaba determinado a demostrar que tenía el poder y el dominio de toda la situación.

La tomó por la cintura con más fuerza que la vez anterior, ella sintió la firmeza de sus manos sobre su cuerpo y eso accionó esa lujuria que la preparaba para entregarse por completo.

Luego de un rato, la dejó sobre la cama y procedió a colocarse sobre ella

mientras que continuaba con los besos. Cada vez más podía escuchar sus gemidos y él también los suyos.

Ágata abrió las piernas y comenzó a acariciarle el cabello con descontrol, de vez en cuando incluso podía mirar la intensidad de la intensidad de esos ojos sobre los de ella. El fuego que se manifestaba en cada parte, en cada instante.

Las manos de Adam se apoyaron en las piernas de ella para apretarlas con fuerza, sintió el calor de ellas, lo cual fue como una invitación para ir subiendo hasta que quedó anclado en esos deliciosos muslos.

Apretó y manoseó tanto como quiso. Pensó después que podría aprovechar el momento para hacer algo más, para adentrarse en el calor de la entrepierna de ella. Juntó un par de dedos y comenzó a acariciar por sobre la prenda. Lo hizo con suavidad, con sumo cuidado. Y justo allí sintió una especie de torrente de flujo.

Ella dejó de tocarlo para dejarse vencer por fin por aquello que estaba sintiendo. Adam resultó ser un hombre que sabía perfectamente cómo tocar y acercarse a una mujer. ¿La razón? Ágata estaba perdiendo toda noción de realidad y presente, de hecho estaba quedando inmersa en un mundo alterno, como una dimensión desconocida.

Adam estaba tocándola hasta que se preparó para masturbarla en serio. Sabía que si las reacciones seguían de esa manera, podría aventurarse como quería. Apartó entonces un trozo de la tela y sintió el golpe de calor y humedad producto de la excitación.

Juntó los dedos de nuevo y los introdujo. De inmediato escuchó un gemido fuerte, profundo, uno que le indicó que iba por buen camino.

Entonces procedió a hacer un movimiento constante y cuyos ritmos se iban intercalando cada vez más. De esa manera, Ágata estaba llegando al punto del descontrol.

Estaba atontada, entregada. Le llamó la atención que no fuera ella quien tomara la iniciativa como solía hacer, y más bien estaba disfrutando de la manera en cómo él estaba tomando el control de la situación.

Adam la encontró en el punto en que quería y se dispuso a quitarle la ropa con rapidez. Deseaba verla desnuda, observar la belleza de sus pechos mientras estaba acostada.

Luego de despejarla de todas las prendas posibles, la observó en silencio, como quien admira una preciosa obra de arte. Se mordió los labios y se quedó concentrado en ella, hubo un punto en que sintió que la boca se le

hizo agua, así que tomó el impulso de la tentación para abrirle más las piernas y colocar su boca en su entrepierna.

Su coño era rosáceo y con los labios desplegados como si fueran los pétalos de una flor. ¿Lo mejor? Que estos estaban mojados, empapados e hinchados por el placer. De nuevo, Adam se preparó para devorar el delicioso fruto que tenía frente así.

Abrió la boca y se colocó todo eso en la boca, en ese preciso instante, Ágata sintió que todo su mundo estaba dando vueltas, que había cambiado estrepitosamente y que quería quedarse allí por siempre.

Las lamidas y las mordidas de ese hombre también estaban intercaladas entre las veces en que se incorporaba para quitarse alguna prenda. Poco a poco, eso también le sirvió a ella para admirar el cuerpo de ese hombre que parecía tallado por alguna mano divina. Era hermoso e increíble.

Aunque le gustaba mucho verlo, y tenía obvias razones para hacerlo, tampoco podía negar el hecho de que adoraba tenerlo entre sus piernas. Sin embargo, cualquier rastro de dominio por su parte era completamente descartado. El control lo tenía él.

No sólo por el hecho de que se la comía como desesperado, sino porque también disfrutaba el sentir la mano caliente y firme de él sobre su cuello, apretándolo con fuerza y con control.

Todos sus amantes, todos los que exploraron su cuerpo, quedaron en un plano último, olvidado. Ya no hubo espacio para alguno.

Siguió bebiendo, comiendo de ella hasta sintió que estaba a punto de pasar lo definitivo. Él terminó de quitarse la ropa y desplegó su desnudez ante los ojos abiertos y ensimismados de ella.

Adam se acercó hasta su cuerpo y el de ella quedaron juntos, muy juntos. Incluso, el calor que ambos desprendían se sentía como si estuvieran envueltos por las llamas.

La mano de Adam se posó sobre la cabeza de ella, de manera que pudo sostenerla con cierta firmeza. Al terminar, se miraron fijamente y ese fue el momento que él aprovechó para adentrarse en la carne de ella.

Le separó más las piernas y se acomodó un poco sobre la cama. Apoyó los brazos sobre la cama, sin dejar de mirarla. Se concentró cada vez más en ese cuerpo y se preparó para introducir su glande en el interior de esa mujer.

De nuevo, experimentó el golpe de humedad y de calor del coño de Ágata. Como le gustó tanto, se adentró cada vez más, como si fuera un hombre enloquecido, no pudo más.

La verga de él era ancha, gorda y, claro, deliciosa. Ella de inmediato los ojos y se entregó por completo a ese placer inmenso. Fue un algo que la atravesó por completo, de par en par.

Ella sostuvo las sábanas con sus manos. Apretó los trozos de tela entre sus dedos mientras sentía la fuerza animal de ese hombre que estaba dentro de ella. Sus movimientos eran fuertes, decididos. Ágata se desprendió de sí misma y se volvía a encontrar en esos momentos en donde él la miraba con la intensidad con que la poseía.

Él se inclinaba más a medida que se volvía cada vez más loco, estaba siendo poseído por una fuerza descomunal. En cada segundo, sentía que estaba listo para perderse en sí mismo, en irse hasta otra dimensión.

Adam extendió la mano para tomarla por el cuello y así apretarlo, lo hizo hasta que notó que su rostro estaba enrojeciéndose. Ella, sin embargo, estaba siendo esclava de ese hombre que la atravesaba de par en par.

En ese punto, él finalmente se convirtió en el Dominante que siempre era, incluso ese cambio se notó en los ojos. Ella se dio cuenta que ese hombre encantador y misterioso había pasado a ser en algo diferente... Y que encontró fascinante.

Siguieron retozando hasta que él la tomó con fuerza y la colocó sobre la pared. Ágata sentía que las piernas le iban a fallar en cualquier momento, por lo que reunió sus fuerzas para mantenerse de pie. Mientras, trataba de respirar lentamente, de tratar de encontrar un poco de calma en medio de todo ese vórtice de locura.

Separó un poco las piernas y puso los brazos en la pared fría. Entonces sintió la respiración de él sobre su cuello, sus manos paseándose sobre su piel. Su aliento caliente estaba sobre ella cuando experimentó el momento en que la verga de él se adentró tanto que sintió que estaba en otro lugar. Gimió y gritó con la fuerza de sus entrañas.

Las manos de él se colocaron en la cintura de ella para tomarla con fuerza. Se quedó allí, anclado de tal manera que ella sintió que sus manos estaban a punto de atravesarle la piel de par en par.

Pegó el rostro a la pared y para intensificar el momento, le colocó la mano en una de las mejillas para ejercer un poco de presión. La bella Ágata no paraba de gemir ni de gritar porque se sentía suya en cada embestida.

Adam sintió la necesidad de hacer algo más para elevar la situación, así que se dispuso a buscar su cinto de cuero que había caído en alguna parte de la habitación. Entonces, se separó de ella con rapidez y se dispuso a buscar hasta

que encontró el accesorio. En cuanto lo tomó entre las manos, sintió la suavidad del cuero y alzó la mirada para ver la espalda curva y sensual de ella. Sonrió.

Se colocó en la misma posición pero sin penetrarla. Más bien tenía pensado hacer una cosa completamente diferente. Por lo que se detuvo en seco y pensó con rapidez, esa piel de ella merecía ser marcada por su mano firme.

Antes de hacerlo, llevó una de sus manos hacia adelante, con el fin de tocarle los pechos con desenfreno. Se sentían tan suaves y delicados, firmes, redondos. Ambos eran la perfección. No, la gloria.

Por eso se tardó un poco más en hacer lo que tenía en mente. En las ganas que sentía de quedar enterrado en esa piel.

Luego de manosearla como quiso, se preparó para hacer lo que tenía pensado, entonces tomó un poco de distancia y entre sus manos, el cinto de cuero. Plantó bien los pies y procedió a darle correazos esa mujer que estaba deseosa de él en la pared.

Ágata sintió los impactos una y otra vez, los mismos que parecían abrirle la carne cada vez más. El ardor le provocaba una enorme excitación, no pudo imaginar que esa clase de dolor pudiera elevarla tanto.

Entonces se quedó allí, pasmada en ese placer que parecía casi infinito, en esas sensaciones que le movían el suelo y que la llevaban hacia un lugar desconocido dentro de sí. Era increíble, delicioso y poderoso.

Adam procedió a marcar cada espacio de piel tanto como pudo, su espalda, culo y piernas presentaban heridas pequeñas e impactos de todas las formas y colores. Algunas expendían sangre la cual, además, también se mezclaba con el sudor de su cuerpo.

Cuando escuchó los fuertes alaridos de ella, él se detuvo porque le pareció momento de terminar y también porque quería colocarle el cinto como un collar. Y así lo hizo.

Lo ajustó rápidamente en el cuello y tomó lo sobrante como si fuera una especie de rienda. La cabeza de ella se echó para atrás y él se preparó para embestirla de nuevo pero con más agresividad.

Metió la verga sin preámbulos ni permisos, lo hizo de la manera que solía hacerlo con las mujeres que siempre deseaba, lo hizo para demostrar que era un hombre Dominante y que le gustaba tener el control de todos y de todo en cualquier momento.

Ella era otro asunto porque estaba ensimismada en un mundo que no podía procesar. Ágata era una mujer metida en los problemas y en

enfermedades mentales hasta el cuello. Buscó un sinfín de escapatorias para no tener que lidiar consigo misma.

Conoció todo tipo de amantes, experimentó todo tipo de situaciones sexuales que afrontó por el hambre del cambio y la curiosidad. Le dio permiso a un montón de situaciones y no se arrepintió de ellas en ningún momento.

Sin embargo, sucedió algo diferente con él desde que no conoció. No supo exactamente qué había sido. Incluso, desde que lo vio la sintió una especie de corriente eléctrica que le recorrió todo el cuerpo. Fue algo que no pudo explicar pero que ansiaba conocer más. Ahora, estaba sobre la pared, siendo clavada por la verga de ese hombre que protagonizó sus fantasías unas cuantas veces.

Él siguió poseyéndola hasta que sintió una fuerte necesidad de correrse. Entonces se detuvo en seco para no sucumbir demasiado rápido. No podía permitirse rendirse y menos de esa manera.

Ágata escuchó cómo él trataba de encontrar un poco de tranquilidad en medio de todo el jaleo, pero fue obvio que se le hizo complicado, especialmente porque estaba actuando más torpe de lo usual.

Entonces ella se dio cuenta de que tenía una importante oportunidad frente a sí. Se deslizó suavemente sobre su cuerpo, besándolo en todo el recorrido. Adam no tenía idea de lo que iba a pasar, pero se dejó tratar de esa manera porque estaba listo para dejarse rendir.

Luego de unos minutos que se sintieron eternos, Ágata se colocó de rodillas, en las mismas, alzó la mirada y se encontró con la intensidad de los ojos de él. Ella, mientras, procuró conservar un poco de suspenso mientras todo estaba sucediendo. El pobre hombre estaba ya en un estado de trance, se había perdido a sí mismo.

Ella juntó los labios para darle un beso en el glande, luego sacó la lengua para lamer el cuerpo de esa verga venosa y gorda. Lo hizo con delicadeza, con cuidado, como si no quisiera romperlo o hacerle daño.

En ese momento, Adam colocó su mano sobre la cabellera corta y azul de Ágata. Sus dedos se entrelazaron entre las hebras de cabello y los sujetó con fuerza. Ella en seguida arqueó su espalda para acomodarse mejor para luego metérselo todo en la boca.

El calor del interior de esa cavidad tan perfecta, bordeada por esos labios gruesos y deliciosos, provocó que Adam prácticamente se volviera loco. Sujetó con más fuerza con el fin de sentir más la lengua y los labios de esa mujer. Además, también aprovechaba para hacer que ella lo mirara

fijamente en los ojos, le daba demasiado morbo el notar el brillo de ellos, de ese azul tan intenso y perfecto.

Por otro lado, Ágata encontró particularmente difícil el poder metérselo todo en la boca puesto que se trataba de un miembro particularmente grueso. Así que se prometió a sí misma hacerlo con lentitud y paciencia, al menos al principio.

Pero como fue de esperarse, él impuso el ritmo y la intensidad del mismo. Sin embargo, eso no representó un problema en particular, puesto que a ella le gustaba la rudeza, le gustaba encontrar que su amante se sintiera lo suficientemente cómodo para que pudiera dar rienda suelta a su verdadera personalidad.

Lo miraba porque algo le dijo que ese simple gesto era suficiente para que él se volviera loco. Seguía y seguía, y eso bastó para que se le produjeran unos gruesos hilos de baba que se desprendían de su boca, los cuales terminaban en los pechos y en otras partes del cuello.

En ese momento, en donde se había vuelto una especie de esclavo de sus sensaciones, Adam se dio cuenta de que era muy posible que ella se convirtiera en su esclava personal, en esa aprendiz que podría aprender a darle plases sin importar el momento ni nada más.

Luego de tener ese momento mínimo de contacto con la realidad, él volvió a quedarse como esclavo de lo que estaba experimentando, así que sintió como en el centro de su ser se manifestó una especie de calor intenso que pareció quemarle las entrañas. Cada miembro de su cuerpo quedó sujeto a eso mismo que lo volvió fuerte y vulnerable al mismo tiempo.

Sujetó con más fuerza la cabeza de su amante y luego hizo que se detuviera para que por fin pudiera explotar debidamente. De hecho, el temblor de sus pies y piernas fue la señal que necesitaba Ágata para prepararse para el chorro potente de semen que terminó por tragarse casi de un solo golpe.

Para tener un poco de estabilidad, tuvo que sostenerse de los muslos grandes de él. De hecho, ese instante se dio cuenta que no le había pasado algo así, no con esa intensidad.

Lo hizo lo mejor que pudo y se dio cuenta de ello porque los dedos de él se pasearon por el rostro de ella, acariciándola con suavidad.

Entonces, ella se quedó en el suelo, tomando un instante para relajarse un momento y así contar con la energía necesaria para levantarse del lugar en donde se encontraba. Sin embargo, él no le dio demasiado tiempo para pensar, si quiera.

La tomó por el cuello e hizo que se levantara del suelo entre los temblores y la debilidad.

—Ya lo tengo claro, bastante claro. Eres la persona ideal para que te conviertas en mi esclava, pero para ello será necesario que seas una aprendiz. ¿Sabes por qué? Porque sé que es ansiado este momento durante mucho tiempo, sé que una tía como tú has rogado por mí y quiero saber qué tan lejos puedes llegar.

En ese momento, apretó un poco el cuello y miró con cuidado cómo el rostro de ella se volvió un poco más rojizo.

Ágata sintió que no tendría escapatoria, aunque no era que necesariamente quisiera. Por fin en mucho tiempo sintió que su vida tenía cierto sentido, algo que le daba la fuerza para seguir.

—Sí... Amo.

Esa noche, en ese hotel de lujo, quedó sellado un pacto que ambos ya habían aceptado desde hacía tiempo.

VIII

—“Aprenderás a tener disciplina y orden. Aprenderás que la organización puede ser tu mejor aliada y que eso se extenderá en todos los aspectos de tu vida, no sólo en lo que compete a nosotros dos. Tendrás que decirme cuáles son tus límites, qué es lo que quieres, qué es lo que aspiras tener. Estas cosas serán importantes porque de esa manera, tú y yo tendremos un poco de consonancia en todo lo que estamos viviendo. También tienes que decirme si tienes algún problema en particular. No porque quiera inmiscuirme, sino porque necesito saber todos los detalles que giran alrededor de ti. Yo, en cambio, haré lo mismo contigo. No tendré secretos para ti porque sé que eso podría afectar nuestra relación”.

Esas palabras retumbaron en la cabeza de ella una y otras vez. Tuvo un poco de miedo porque recordó las penurias que había sufrido gracias a sus enfermedades. No era algo de lo que le gustara hablar en particular, pero sí le provocaba cierta incomodidad y tenía la sensación de que él saldría corriendo en cuanto supiera su verdad.

Pero a medida que se iban conociendo, ella se dio cuenta que tenía la oportunidad de conocer a un hombre que no sólo era un Dominante fuerte y contundente, sino también un hombre que sabía escuchar.

La verdad es que eso también le llamó la atención porque se percató que antes nadie le había prestado ese tipo de atención. Alguien se interesaba en ella con plenitud y sinceridad. Así que tenía que retribuir ese mismo gesto.

—“Tengo trastorno antisocial y límite de la personalidad. Recientemente me diagnosticaron también con depresión. Por lo que, como comprenderás, mi vida puede ser una completa mierda en cuestión de segundos. Puedo estar en el pico de la felicidad y luego caer en un maldito agujero del que quizás, no salga jamás”.

Expulsó esas palabras que salieron de su cuerpo como si se hiciera un exorcismo. Luego de decir eso, se sintió más ligera y más libre. Había asumido lo que era frente a un extraño y no se arrepintió en ningún momento.

Él la miró pensativo y luego se acercó a ella con cuidado:

—“¿Estás siguiendo tu tratamiento? Te pregunto esto porque debes ser disciplinada contigo misma y con lo que vamos a tener. Necesito que estés lo mejor posible porque esto, Ágata, no es tan fácil como crees”.

Ella lo tomó como un reto y lo asumió profundamente, muy dentro de sí.

Asintió porque el hombre que tanto le gustaba le dijo algo que sabía que cambiaría su vida por completo.

—“Sí, lo sé. Y estoy lista para ello. Más que nunca”.

Desde ese momento, ella sintió que tenía que ponerse en orden porque algo le dijo que debía ser estricta consigo misma, que debía tener la capacidad de ordenar sus cosas, de ponerse al día y dejarse de rodeos.

Después de esa conversación, llegó a su piso y abrió la puerta de par en par. Miró el interior y se dio cuenta del desorden que había allí. Se preguntó si eso mismo tenía que ver con el caos de su mente o si era una proyección de que su vida no tuviera un rumbo en específico.

En cuanto cerró la puerta tras sí y allí se dispuso a trabajar en función a lo que quería para ella. Se quitó de inmediato el abrigo y el bolso, fue hacia la cocina y tomó unas bolsas plásticas que estaban allí durmiendo el sueño de los justos.

Se dispuso a meter allí ropa vieja y también montones de papeles, los cuales había acumulado por todos los años. Entre las cosas, encontró una foto de su última guardiana, la anciana que cuidó de ella, la última que apostó por su recuperación.

Sostuvo la imagen entre un par de dedos y luego la colocó en una estantería que estaba cerca. Ágata siguió con la limpieza y como se dio cuenta de que habían demasiadas cosas, tuvo que salir al almacén más cercano para comprar cloro y unas cuantas botellas de desinfectante, pasó todo el rato allí y un poco más.

Terminó exhausta y se echó sobre el sofá para descansar un rato, miró el resultado de su primer paso para acomodar su vida. Se sintió satisfecha aunque sabía que apenas era el comienzo, el tema importante sería también si sería capaz de mantener esas ganas por el tiempo que fuera necesario. Esperaba que sí.

También tomó un paso importante que tenía pendiente, asistir a las sesiones con un especialista. Aunque aquello lo había ignorado por completo, tuvo la sensación de que tenía que comprender lo que pasaba dentro de ella. Sabía que sus enfermedades serían sus eternas compañeras, pero al menos deseaba entender cómo manejarlas mejor.

Por supuesto, no podía olvidar el hecho de que tenía que tomar las pastillas. Medicarse se volvió una prioridad y más porque Adam estaba atento de eso.

Pareció que poco a poco, Ágata estaba recobrando un poco de coherencia

y eso se estaba extendiendo también a su trabajo. El gerente se percató de que el rendimiento de ella estaba mejorando notablemente, aunque ella no era necesariamente mala.

Ella se volvió más puntual y más clara en la toma de decisiones, eso le valió para que tomara decisiones más complejas y laboralmente retadoras.

La mente de Ágata se volvió más aguda y clara. Para ella todo lo que estaba pasando le producía una especie de emoción, porque fue casi como conocer a una persona completamente diferente.

Ella no sólo fue una de las personas que sufrió cambios significativos en la relación. Adam también estaba en medio de una situación particularmente interesante.

Antes, era un tío que no le daba demasiada importancia a las cosas y menos a las relaciones. Podía estar solo por largas temporadas pero al final, se daba cuenta que le dolía verse a sí mismo de esa manera, estaba desesperado por tener una especie de cambio y ella se topó en su vida con ese objetivo.

En cuanto a la relación, pues, las cosas estaban tomando situaciones interesantes. Adam dejaba en claro lo que le gustaba y cuándo le gustaba, y con ese mismo impulso, él hacía el intento de hacer lo propio para que ella se sintiera cómoda con él.

Al principio les costó un poco lograr a comunicación de manera adecuada. Sin embargo, representó una gran ventaja que ella supiera del tema y que lo hubiera vivido no solamente con él, sino en otras situaciones.

Lo importante, para él, fue el entrenarla, enseñarle cómo eran las reglas al menos para relacionarse con él y así garantizar una relación ideal.

En una de esas noches, los dos estaban en una cena en un restaurante muy elegante y reconocido en la ciudad. Ágata estaba vestida increíblemente sensual y eso le dio ideas a Adam quien se le despertaron las ganas de divertirse y pasarla bien.

—Ve al baño. —Dijo él con una voz firme mientras ella terminaba de dar un sorbo a la copa de vino que tenía frente a ella. -... No estoy negociando.

Él se quedó en silencio y ella comprendió que tenía que obedecerlo de manera inmediata. Así que tomó la servilleta de tela, la dejó sobre la mesa. Luego se levantó con cuidado, todo sin decir nada y por último tomó el móvil.

Caminó en dirección hacia el baño y entró a uno de esos cubículos que estaban allí. Permaneció de pie y esperó las órdenes se manifestaran en cuestión de minutos. La tensión crecía cada vez más porque su ansiedad

también estaba al límite.

—“Harás todo lo que te diga. Sé que no tienes ropa interior, así que siéntate en el inodoro y abre las piernas”.

Ella se limitó a hacer exactamente lo que le habían dicho. Justo en ese momento, entró una llamada de él.

—“Ahora escucha con atención, quiero escuchar cómo te masturbas en mi nombre porque, aunque no lo creas, sé que quieres que te penetre una y otra vez, pero debes tener claro que eso sólo pasará siempre y cuando tengas claro que mis órdenes siempre serán lo primero y que si estoy satisfecho con tu desempeño, puedo premiarte con eso que tanto deseas... Y eso es mi verga, mis dedos y mi lengua”.

Ágata estaba escuchando cada palabra como si estuviera entrando en una especie de estado de hipnosis. Él le gustaba tanto que sólo escuchar su voz era suficiente para mojarla a mares.

—“¿Puedo introducir mis dedos?” —Preguntó ella con fingida inocencia.

—“Sí, claro que puedes, pero tienes que recordar que no debes hacer ruido alguno, que estás en un lugar vulnerable y que debes mantener la compostura en todo momento”.

Ella procedió a tocarse. De hecho, apenas posó sus dedos sobre su clítoris, sintió como una especie de corriente eléctrica que le recorrió el cuerpo de par en par. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para que no se le notara la desesperación de gemir porque él la estaba escuchando con detalle.

—“Si lo haces mal, te castigaré. Estás advertida”.

—“Sí, Amo”.

Respondió ella apenas con un poco de fuerza en la voz. Después, comenzó a concentrarse en los movimientos que dibujaban sus dedos por todo su sexo, sintió la humedad del interior, el calor y el palpitar que la hacía sentir que estaba a punto de deshacerse en cuestión de tiempo.

Adam, por otro lado, estaba en el restaurante, comiendo y bebiendo de lo más normal. De hecho, parecía ser una persona que estaría hablando de cualquier cosa con alguien. Pero lo cierto es que cada palabra que lanzaba en ese micrófono, hacían estremecer a una chica que estaba aprendiendo a ceder enteramente su voluntad a ese hombre.

Él le decía constantemente que su cuerpo y mente sólo le pertenecían a él, que no podía hacer nada que desafiara su disciplina ni que lo provocara demasiado.

Ella, mientras tanto, sentía que sus dedos eran una extensión de la lengua o de la verga de él que no se cansaba de acariciarla constantemente. Cerró los ojos con cuidado y su cerebro recreó el momento en donde pareció tenerlo en frente, en esos momentos en donde estaba desnuda enteramente para él, esperando por él y siempre lista para complacerlo.

Poco a poco estaba aprendiendo a que tenía que olvidar de sus propios deseos porque esos estaban representados por él.

—“Ansío el momento de tenerte para mí, de verte doblegada por completo, de mirar tus ojos azules, grandes y redondos, brillantes y desafiantes, mirándome. Porque eres tan zorra que te encanta hacerlo. Lo sé, te conozco. A ver, ahora tócate con más fuerza y recuerda, sin hacer ruidos, no quiero que desafíes mis órdenes”.

Él estaba consciente de que se trataba de una tarea difícil pero era una manera de que ella entendiera que tenía que hacer las cosas bien por los dos.

Además, a pesar de que hablaba con completa serenidad, lo cierto era que estaba desmoronándose poco a poco. Por dentro, era una especie de volcán a punto de explorar. Incluso, hubo momentos en donde estuvo a punto de levantarse de la mesa para ir hacia ella y llevársela consigo.

... Pero él tampoco podía dejarse dominar de esa manera. Fue la primera vez en la que sintió que estaba perdiendo el control por una sumisa y no sabía muy bien qué hacer al respecto.

Ella siguió tocándose hasta que hubo algo en su cuerpo que le hizo concienciarse de algo importante. Estaba a punto de correrse y ella solía ser bastante escandalosa al respecto.

Eso, sin embargo, no pareció detener la lengua aguda y ágil de Adam, quien insistía en seducirla y arrastrarla cada vez más a la locura. Ágata sintió que estaba a punto de perder la razón en cualquier momento.

—“Venga, vamos. Quiero escuchar el momento en que mi dulce ramera no puede más y me da ese delicioso orgasmo. Venga, ramera”. —Dijo él antes de llevarse un trozo de carne de ciervo a la boca.

Los latidos de Ágata se aceleraron aún más, lo mismo que su respiración. No faltaba nada pero tuvo que ideárselas para no hacer un escándalo innecesario. Además, no quería que su Amo la castigara.

Entonces, segundos después, ella se corrió entre sus dedos, sintió el calor de los fluidos mientras respiraba con cierta dificultad. No era sencillo tratar de reprimirse de esa manera.

Adam escuchó ese ligero chillido del orgasmo y se sintió tranquilo

porque se dio cuenta que ese impulso de ella de convertirse en esclava tuvo resultados sorprendentes.

—“Cuando hayas terminado, sal de allí, límpiate y ven a terminar la cena”.

Ágata se quedó unos cuantos minutos hasta que recuperó el paso de su respiración. Cuando estuvo lista, salió de allí y fue directamente a lavarse las manos para quitarse un poco el olor a coño que tenía entre los dedos.

Se miró en el espejo y le llamó la atención la expresión que tenía en los ojos. Estaba un poco sudada pero también feliz de haberle dado un orgasmo al hombre que tanto deseaba.

Entonces se aplicó un poco de agua en el cabello para mantenerlo en orden y luego salió del baño como si nada hubiera pasado. Caminó lentamente y se sentó por fin frente a él. Ambos se miraron y continuaron con la cena como si nada hubiera pasado.

IX

Cada encuentro era una nueva oportunidad para que ella se volviera más experta, más lista y preparada para satisfacerlo. Los avances de su sumisa no tenían precedentes. Ágata había puesto todo el empeño posible a que la relación funcionara.

Con el paso del tiempo, la alocada y demoníaca mujer estaba canalizando su intensidad de una manera diferente. Ya no estaba demasiado entregada a las locuras de las fiestas o al desenfreno de las drogas, ya no le hizo falta eso para comprender que estaba en el mejor momento para vivir y que no quería distracciones al respecto.

Siguió con las terapias y poco a poco estaba reconciliándose consigo misma. Al final, ella descubrió que estaba enojada con ella, con el resto del mundo pero que ya estaba cansada de eso, deseaba encontrar el punto medio, el balance de su vida.

Lo mismo pasó en su ambiente laboral. Ser mesera le dio una enorme posibilidad de ahorrar dinero, administrarse mejor y retomar sus estudios en programación. Cuando se dio cuenta de que era posible que lo hiciera, se sintió más feliz que nunca.

Hubo una noche en donde se acostó sobre la cama y miró hacia el techo, ya no estaba esa mancha odiosa de moho, ni siquiera había suciedad. Sólo una pared blanca y prístina. En cuando la vio, se sintió más victoriosa que nunca, pensó que había derrotado una especie de sombra que había estado con ella.

Obvio, eso no quiso decir que había borrado a sus demonios por completo. Eso le hubiera más que encantado, pero le fue claro que al menos tenía las herramientas suficientes para lidiar con esas pesadillas que no paraban de reproducírsele en la mente.

Empezó clases, dejó las drogas y mantenía su medicación por voluntad propia. Tuvo que admitir que al principio lo había hecho sólo para complacerlo a él, como si fuera un requisito para que su relación pudiera funcionar. Pero luego, al ser testigo de todos los cambios que estaba experimentando, pensó que la llegada de Adam a su vida fue el punto de quiebre que estaba esperando. Ya no se sentía sola ni perdida, había encontrado un rumbo y eso le encantaba.

Él, por otro lado, también se percató de la transformación de Ágata. En la intimidad, ella seguía alocada, hecha un fuego latente, pero fuera de la cama

era una persona diferente. Sus ojos se veían más claros y más vivos que nunca, tenía un claro ímpetu para su vida y cada instante se sentía contagiado por esa energía.

A veces la miraba hecho un tonto y cuando se dio cuenta de ello, tuvo que admitir que le gustaba más de lo que había pensado en un principio. La emoción de ver la transformación le casaba entusiasmo.

Entonces, en una de esas veces, salió a la calle con el fin de comprarle un collar. Las noches de sexo intenso, la intimidad que juntos habían logrado fue tal que alcanzaron un nivel de comunicación poderoso, algo que no ninguno había pillado.

Le escribió más tarde en la noche para decirle que estaba ansioso por decirle unas cuantas cosas importantes, entre ellas, la oficialización de su relación. Incluso, se dio cuenta de que ya no le hacía faltan más sumisas ni mujeres, sólo ella.

Acordaron verse en su piso, lo cual sería la primera vez que ella iría allí para encontrarse. Adam estaba caminando por los pasillos hasta que vio la silueta de su mujer allí, arrodillada, con la cabeza gacha y con la mirada en el suelo.

Detalló que su pelo estaba pintado de negro, asumió entonces que se trataba de su color original. En verla en ese estado, no pudo evitar sentir una tremenda excitación. El animal dominante que vivía en él, despertó como una bestia. Su chica, por fin se había convertido en ese tipo de mujer.

Apenas se acercó a ella, le acarició el rostro, luego le dio la espalda para abrir la puerta y así entrar al lugar. Adam se giró suavemente para voltear a donde estaba ella. La luz blanca del pasillo iluminaba su blanca piel.

—Mírame. —Dijo él y ese momento, ella alzó los ojos para verlos, tenía el rostro más brillante y más bello que había visto jamás.

Era su aprendiz, su esclava, la mujer que deseaba atravesar una y otra vez, era la chica que lo cambió por completo... Y no podía esperar ver lo que sucedería después.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado del libro. **MUCHAS GRACIAS** por leerlo. De verdad. Para nosotros es un placer y un orgullo que lo hayas terminado. Para terminar... con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado del libro y llegado hasta aquí, le dediques unos segundos a **dejar una review en Amazon**. Son 15 segundos.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado, ayudarías a que más gente pueda leerlo y disfrutarlo. Los comentarios en Amazon son la mejor y prácticamente la única publicidad que tenemos. Por supuesto, quiero que digas lo que te ha parecido de verdad. Desde el corazón. El público decidirá, con el tiempo, si merece la pena o no. Yo solo sé que seguiremos haciendo todo lo posible por escribir y hacer disfrutar a nuestras lectoras.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor. *Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)*

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)

[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

[Esclava Marcada – Alba Duro](#)

[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

[Sumisión Total – Alba Duro](#)

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)

“*Bonus Track*”

— *Preview de “[La Mujer Trofeo](#)”* —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A

pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma

de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de

cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.